

# BUEN HUMOR

40 Céntimos



Dib. ARISTO-TÉLLEZ. — Madrid.

— Ande usted, ama, enséñemela pa ver si es *chica*...

Ayuntamiento de Madrid



# EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

UN TRANSEÚNTE (después de haber dado limosna a un mudo). — ¡Que Dios me lo pague!

M. Conde.

— ¿Cuál es la gente que tiene que andar muy de prisa?

— ¡...!

— Los toreros; porque siempre que salen a la plaza van marcando un paso-doble.

Andrés Gamboa. — Turleque (Toledo).

— ¿Cuál es el colmo de un mozo de cordel?

— Estar parado, a pesar de tener toda la cuerda.

Santiago Santacréu. — Madrid.

— ¿Qué le puede ocurrir a un fotógrafo al revelar las pruebas?

— Darle hipo. ¡Porque tiene que emplear el hipo...-sulfito!

V. Fernández Pérez. — El Escorial.

En un examen de Gramática.

— Cíteme usted un pronombre.

— Seudónimo.

— ¿Seudónimo, pronombre?

— Sí, señor. ¿No se pone en lugar del nombre?

Antonio Vázquez. — El Escorial.

— ¿Cuál es el colmo de un automovil en día de lluvia?

— Pararse en seco.

Ma-Us-Ita. — Madrid.

Examen de Matemáticas.

— Señor Ruiz, salga usted a la pizarra y ponga cuanto sepa de los números incommensurables.

— Veamos, señor Ruiz, ¿qué nos dice usted de los números incommensurables?

— ¿No nos dice usted nada?

— Pos... que si quie usté algo pa Córdoba, esta noche me largo.

Jotica. — Madrid.

— Decían que éste era el siglo de la solidaridad y del humanitarismo... ¡y ya ves!

— No has caso. También decían

que era el siglo de los adelantos, y yo no encuentro nunca quien me adelante ni dos pesetas.

M. Conde.

Dos funcionarios se presentan a hacer un registro.

El dueño de la casa les pregunta:

— ¿Traen ustedes el auto del juez?

Uno de los funcionarios:

— No, señor. Venimos andando.

Juan de la Rosa Castillejo.

Entre muchachas.

— ¿En qué se parece tu novio a otra persona que empata con él jugando al ajedrez?

— ¿...?

— Pues en que t'ablas con él.

Ranavalo el Trovador. — Madrid.

El colmo de un joyero.

Irse al desierto y hacerse un solitario.

Benjamín López. — Madrid.

En un taller de zapatería.

— ¿Qué tal van mis botas, maestro?

— Con ellas ando.

— Y ¿quién le ha dado permiso para ponérselas?

Masto. — Madrid.

MAESTRO. — ¿Qué quiere decir término medio?

DISCÍPULO. — El sitio por donde la gallina pone los huevos.

MAESTRO. — ¿Cómo?

DISCÍPULO. — Sí, señor. Mi padre dice que una gallina pone ciento cincuenta huevos al año, por término medio.

M. Conde.

En la Audiencia.

— ¿Quién dice que le obligó a robar los dos sacos de paja y el otro saco de cebada?

— Señor presidente..., ¡el hambre!

Luis Cueto. — Sevilla.

En la panadería.

LA COMPRADORA. — ¡Jesús, qué panecillo más corto!

EL DEPENDIENTE. — ¿Corto?... No, señora. Es largo.

Masto. — Madrid.

En una prendería.

UN COMPRADOR (revolviendo cachivaches). — Pero ¿a quién se le ha ocurrido pintar sombrero de copa a San Antonio?

EL PRENDERO. — A mi chico el pequeño, que se le puso en la cabeza...

Un Vizcaíno. — Madrid.

— ¿Cuál es el objeto que más ha viajado?

— ¿...?

— El tubo; porque es...-tubo aquí, es...-tubo allí, es...-tubo en todas partes.

M. L. P. — Madrid.

— ¿Cuál es el arma más casera?

— El arma-rio.

— ¿Y la más resistente?

— La arma-dura.

— ¿Y la más pesada?

— El arma-toste.

— ¿Y la más apasionada?

— El arma-mía!

K. Beza. — Madrid.

Entre amigas.

— ¿Cómo me devuelves tan roto mi abanico?

— Es que se lo he prestado a mi madre política, y como es tan nerviosa...

— ¡Caray con la política!... Ha puesto el país que no tiene arreglo.

Un Chistosillo. — Madrid.

EL CHARLATÁN. — Sí, señores, sí... Tomando este agua maravillosa, desaparecen en el acto todos los dolores de estómago.

UNO DEL CORRO (después de un bostezo descomunal). — Oiga... ¿Quita también los que produce la gazuza?

EL CHARLATÁN. — También... Ahora que, para ese caso, es preciso mojar pan en el líquido.

Vibaral. — Carabanchel.

La señora a la criada paleta:

— Esa no es manera de cascar los huevos para la tortilla, Romualda... ¿Qué es eso de meter los dedos dentro de la cáscara?

— Perdone la señora; pero como la señorita dijo que las claras salen con las yemas..., pues, ¡velay!

Mario de Isla. — Valladolid.

El premio del número anterior ha correspondido a S. I., de San Sebastián,

Ayuntamiento de Madrid



# SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

## 5. — Vázquez de Mella, Senante y otros...

— No debes consentir *segunda tertia prima-*  
*tertia* ningún memo.  
 — ¿Segunda?...  
 — ¡Lo que oyes! Esos del *todo* amenazan, pero  
 no hacen nada.

## 6. — Remolino.

**T**  
**0 5 0 5**  
**EN EL SAHARA**

## 7. — De titiriteros.

**EL DIOS DE LA FLAUTA**

**La señorita T. O. halaga  
 y acaricia al viejo verde.**

## 8. — Uno que rompió el jarro.

— *Cuarta* tratéis de *tertia-prima* diferencias con  
 ese zoquete.  
 — Pues yo *dos-cuarta* con él aunque tú no ven-  
 gas. Vendrá tu hermano *tertia-cuarta*.  
 — Tendréis que sentir. Seguro estoy de que *todo*  
 verterá el vino...

## 9. — Juego.

**5000 1001**  
**SEPTENTRIÓN**  
**C E R O**



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— Mira, éste es el portero de mi equipo.

— Claro, así no me extraña que ganéis. ¡Lleváis un portero profesional!

## 10. — Ciervo marino.

**50 NODRIZA**

Para las condiciones de este  
 Concurso, véase nuestro  
 número 83.

## CUPÓN

correspondiente al número 84  
 de

**BUEN HUMOR**

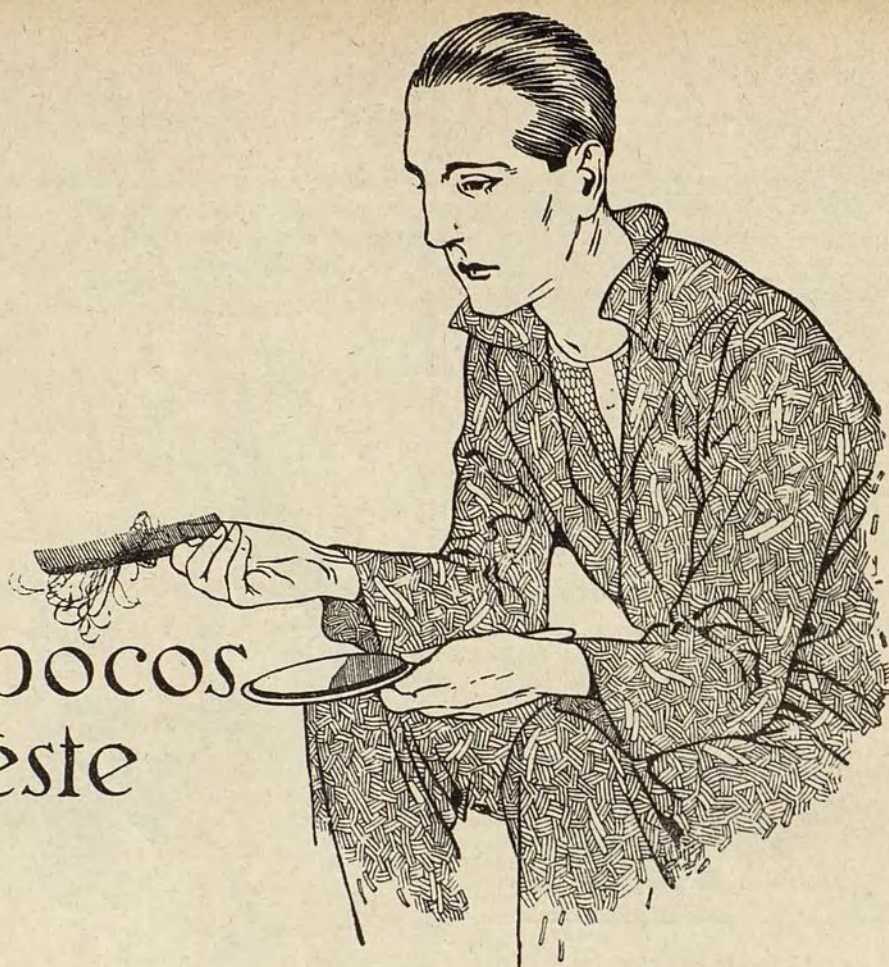
que deberá acompañar a todo  
 trabajo que se nos remita para  
 el Concurso permanente de  
 chistes o como colaboración  
 espontánea.

## CUPÓN NÚM. 2

que deberá acompañar a toda  
 solución que se nos remita con  
 destino a nuestro CONCUR-  
 SO DE PASATIEMPOS del  
 mes de julio.



Muchos pocos  
como este



acaban con la más espléndida cabellera cuando no se tiene la precaución de acudir al Petróleo Gal. Para combatir la caída del cabello, es necesario mantener el cuero cabelludo en

estado de perfecta limpieza y sustituir con un lubricante la grasa natural que le falta al cabello cuando empieza á perder vigor. La mejor preparación para este doble fin es el



## PETRÓLEO GAL

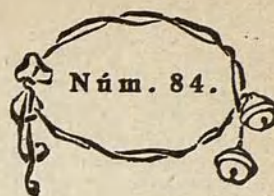
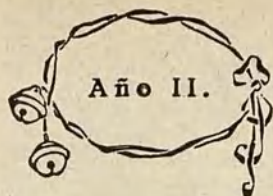
Es una loción antiséptica de tocador. Limpia perfectamente la cabeza de caspa y contiene la caída del pelo, proporcionándole vigor y flexibilidad. El Laboratorio Municipal de Madrid certificó su inocuidad en 1899.

El Congreso de Sanidad Civil, celebrado en Madrid en 1919, lo premió por considerarlo el mejor preparado entre los de su clase. Veinticinco años de popularidad son la mejor garantía de su eficacia.

FRASCO, 2,50 EN TODA ESPANA

Ayuntamiento de Madrid





## LA AVENTURA DE UN SENTIMENTAL



CONOCIÉRONSE de un modo muy poético. Fué en el parque del Retiro, adonde Romanilla acostumbraba acudir todas las tardes. Llevado de su afición al arte se dedicaba, provisto de lápices y papel, a dibujar algunas perspectivas.

En cierta ocasión pasaron junto al banco ocupado por Romanilla dos pizpiretas muchachas que conducían un niño. Curiosas, se detuvieron junto al artista. Una de ellas, la más linda, comentó burlona:

— Mira un pintamonas...

A lo cual Romanilla, alzando la cabeza, replicó:

— Señorita, ¿quiere usted que haga su retrato?

A continuación siguió ese diálogo lleno de puyas que generalmente se entabla en esta clase de encuentros. Romanilla, abandonando el asiento, se puso a acompañar a las dos jovencitas.

Romanilla, individuo joven y sentimental, era pintor, y llevaba siempre la cabeza tan llena de fantasías como falto de dinero su bolsillo. Sentía un gran desprecio por las cosas materiales del mundo. A veces, la familia pretendía encomendarle que transportase algún pequeño envoltorio, o que trajese el postre para la comida; Romanilla, muy digno, negábase: «Pretendéis que un genio, un hombre que pinta mejor que Velázquez, ande cargado por la calle? ¡Yo nunca comeré esa bajeza!»

Romanilla caminaba entusiasmado junto a las dos muchachas, que resultaron ser hermanas. Con una de ellas — de la cual había logrado ya conocer el nombre: Charito — simpatizaba de extraordinario y significativo modo.

El niño que llevaban las jovencitas se sintió cansado, y Charito disponíase a cogerle en brazos, cuando Romanilla intervino:

— ¿Pero cree usted, señorita, que puedo permitir que vaya cargada? ¡Oh, no! ¡Déme, déme el niño!

Y aquel hombre, que consideraba denigrante llevar un pequeño paquete, cargó la criatura sobre su endeble espalda...

— Este nene es un sobrinillo nuestro — aclaró Charito —. ¡Es más mono!...

El niño, adquirida ya confianza, se dedicaba a tirar al suelo el sombrero de fieltro del artista, o bien le propinaba pequeñas patadas, acuciándole:

— ¡Arrel... ¡Arre, burrol...

— ¡Ve usted! — decía Charito —. Qué mono es el niño, ¿verdad?

— ¡Mono me parece poco! — contestaba Romanilla resoplando —. ¡Es monísimo!

Sufría gustoso todas las molestias

con tal de complacer a la muchacha, de la cual íbase enamorando a toda marcha.

Fuera ya del Retiro, la hermana de Charito manifestó tener sed. Romanilla, sintiéndose espléndido, y además porque así podría tomar un pequeño descanso, invitó a las muchachas a refrescar. De memoria calculó el probable importe de las consumiciones. Ellas, una gaseosa; para él, una cañita de cerveza; nada el niño... Total, la pesetilla que justamente llevaba en el bolsillo.

Se sentaron en la terraza de un café de la calle de Alcalá. El camarero preguntó:

— ¿Qué van a tomar?

— Yo un bocadillo de jamón en dulce — musitó el niño con seráfica voz.

— A mí tráigame un bocadillo de salchichón y un doble de cerveza — añadió la hermana de Charito.

A Romanilla se le erizó el cabello. Sin embargo, tuvo valor para preguntar:

— Y usted, Charito, ¿qué quiere?

— Pues un doble de cerveza también... Ah!... Y patatas fritas a la inglesa. ¡Pero ¡ración doble!...

Romanilla, temblequeante, quedó sin aliento. ¡Zambombal! ¡Pedían ya por dobles raciones! El camarero, sonriente, le interrogó:

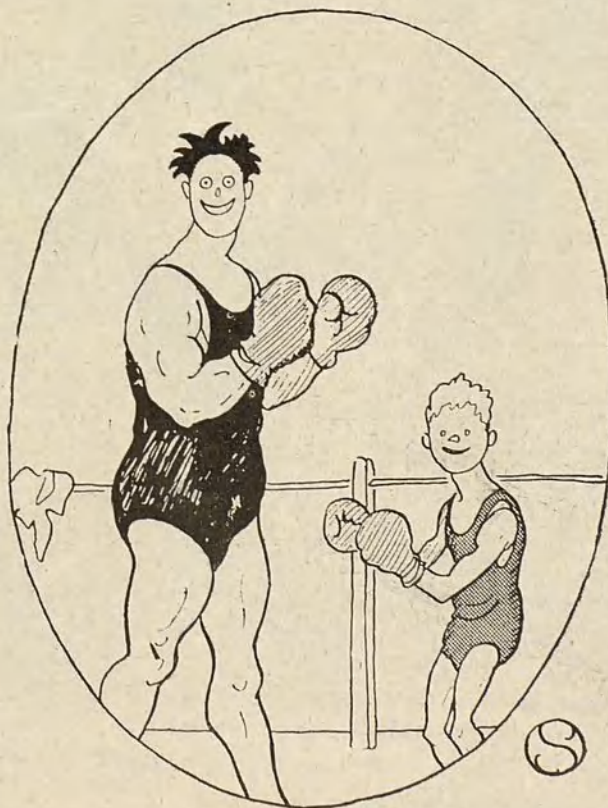
— Usted, caballero, ¿qué va a tomar?

— ¿Quién, yo?... ¡Tomaré un vasito de agua!...

Con apetito y vertiginosa rapidez se deglutió lo servido. Especialmente Charito devoraba las patatas fritas con la fruición que los antropófagos deben experimentar cuando se meriendan a un hombre de ciencia.

Anocheció. Encendieron las luces. Pasó una hora. El niño se había quedado dormido, y las muchachas comenzaban a bostezar. Charito propuso:

— Debíamos marcharnos ya... ¡Nosotras queremos llegar a casa antes que cierren el portall



Dib. SILENO. — Madrid.



¡Horrible situación la de Romanilla disponiendo de una vil y misera peseta para abonar un gasto de cerca de un duro! Confió en que pasara por allí algún amigo, y en dos largas horas no divisó una cara conocida... Pensó también en declarar la verdad al camarero... Pero el camarero tenía cara de bruto; seguramente no se convencería...

Entonces recordó un truco, que conocía por una antigua obra teatral, gracias al que podría salir del atolladero: ¡Recurrir a la huida! El procedimiento era rufianesco; pero al no quedar otro remedio, se decidió a emplearlo.

Fiel a su propósito, levantándose, comunicó a las muchachas:

— Espérenme aquí un momentito... Va ahí un amigo mío... ¡Ehl... ¡Eugenio!... ¡Eugenio!...

Y echó a correr velozmente calle de Alcalá abajo, atropellando y pisoteando a los transeúntes. Atravesó la Puerta del Sol, y por la calle del Arenal llegó a la plaza de Oriente. Allí, lleno de pánico aún, volvió la cabeza para ver si el camarero le perseguía... Y como se viese libre, salvado, se dejó caer rendido, deshecho, sobre un banco de piedra.

Muchas veces ha pensado Romanilla en Charito, y siempre se pregunta cómo saldrían ella y su hermana del compromiso en que él, egoísta e innoble, las dejó colocadas. Por lo general, al evocar la figura de la muchacha, siente el alma llena de melancolía.

— Charito era una linda mujer — suele decirse —. Yo me enamoré de ella. Pudo haber sido novia mía, e incluso mi mujer... Ahora veo el valor, la impor-

tancia de las cosas pequeñas e insignificantes... ¡Si yo no me he casado ya se debe sencillamente a que Charito sentía una gran afición por la cerveza dorada, y sobre todo porque las patatas fritas a la inglesa le gustaban, ¡ay!, de un modo extraordinario, desmedido, anormal!

Luis ESTEBAN

## MI TÍO "BARÓMETRO"

Así llamábamos a mi tío Facundo, que de Dios goce: el tío *Barómetro*. Padecía el pobre del reuma horriblemente. Sus dolores nos sirvieron muchas veces para sacar el paraguas aunque luciera un sol espléndido, o el impermeable aunque el azul no lo empañara una sola nube.

Tenía una pierna, la pierna derecha, que valía un dineral para los pronósticos. Como le doliera a Facundo la pierna, ya se podía asegurar que llovía; ahora que, como la susodicha extremidad abdominal no le doliera, se podía contar con una sequía pertinaz.

Los labriegos del pueblo, con su ignorancia, y después de haber sacado en rogativa al patrón para que lloviera sin resultado, le regaban la puerta de su casa al tío para que, con la humedad, le doliera la pierna y cambiara el tiempo. Eso sí, cuando llovía eran agradecidos y nos llenaban la casa de regalos, y

éste un capón y el otro una tortá, cada uno en la medida de sus fuerzas correspondían al beneficio que suponían emanaba de la pierna de *Barómetro*.

A tal extremo llegó la fama barométrica de la pierna de nuestro tío, que trascendió a la ciudad, llegó a otras provincias y hasta en el extranjero se hablaba de las dotes de la pierna de Facundo.

Las Empresas de las plazas de toros de toda España eran las que más se interesaban por la dolencia de mi tío. Muchas de ellas le enviaban los mejores específicos contra el reuma y hasta llegaron a subvencionarle para que a su costa fuera a tomar las aguas más acreditadas, tanto nacionales como extranjeras, para que, curado de sus dolores, no perjudicara a la celebración de los espectáculos taurinos.

En cambio, las Empresas teatrales, cuando llegaba la primavera, obsequiaban a nuestro tío con botellas de vinos y licores de las mejores marcas, so pretexto de falsas simpatías; pero verdaderamente para aumentarle el ácido úrico, recrudecerle sus dolores y aprovechar la lluvia los días festivos para que se llenaran sus teatros.

Por otro lado, los paragueros y fabricantes de impermeables le distinguían extraordinariamente, y cuando su dolencia fué en aumento y sus dolores se repetían, le nombraron presidente honorario de la Sociedad de fabricantes de paraguas al por mayor La Virgen de la Cueva, y socio de honor del The Cales, federación de los depósitos de impermeables de Inglaterra.

El tío *Barómetro* se agravó, los dolores le hicieron por fin que tuviera que meterse en el lecho, y en él postrado le tuvieron mucho tiempo. Siendo sus dolores tan continuados ya no podíamos conocer por ellos los pronósticos. Entonces fué cuando, aparte de la pena de ver al tío baldado, conocimos el valor que su dolencia, menos agudizada, tenía para nuestra vida.

Ibamos muchas veces cargados con el paraguas, porque creíamos que iba a llover, y con la tarde más espléndida nos paseábamos con el antipático artefacto. En cambio, salíamos con una mañana hermosa y a los diez minutos echábamos de menos nuestro impermeable con capucha, porque llovía a torrentes. ¡Perdonad que pensando en nuestro tío y en sus dolores se me llenen los ojos de agua!

Una noche, rodeado de todos los seres queridos, entregó su alma a Dios el pobre tío *Barómetro*. Mi padre recuerdo que salió a la habitación inmediata, donde estaba yo con otros parientes, y nos dió entre sollozos la fatal noticia:

— ¡Al tío ya no le duele nada!

Yo, sin darme cuenta y anegado también en llanto, exclamé:

— ¡Mañana hará un día espléndido!

ANTONIO PLANIOL



Dib. LÓPEZ PADILLA. — Santander.

- Oiga usted, pollo, ¿cuál es el animal más grande que se conoce?
- El hipopótamo, señorita.
- Pues, señor hipopótamo, ¿quiere usted dejarnos en paz?...





Dib. LÓPEZ RUIZ. — Huelva.

EL AHORCADO. — ¡Tan solo como andaba yo por el mundo y qué acompañado estoy ahora!..



# TRAGEDIAS HISTÓRICAS

## LA HECATOMBE DE SAGUNTO

**Decoración.** — La tienda de Aníbal, situada en el centro del campamento cartaginés que sitúa a Sagunto; 219 años antes de Jesucristo.

Al levantarse el telón, en escena Aníbal, Leuko y un pelotón de soldados que guardan la puerta. Aníbal, el gran general, tiene treinta años y ostenta un aspecto fiero; se halla sentado sobre una piel de leopardo, y está más nervioso que un filete de a real. Leuko es un guerrero algo sentimentalillo, que con tristes ojos mira el aspecto de la batalla.

Anochece. Se oye el rumor de las máquinas bélicas que baten los muros de Sagunto, los gritos de los heridos y las voces de los atacantes y defensores. Empieza la acción.

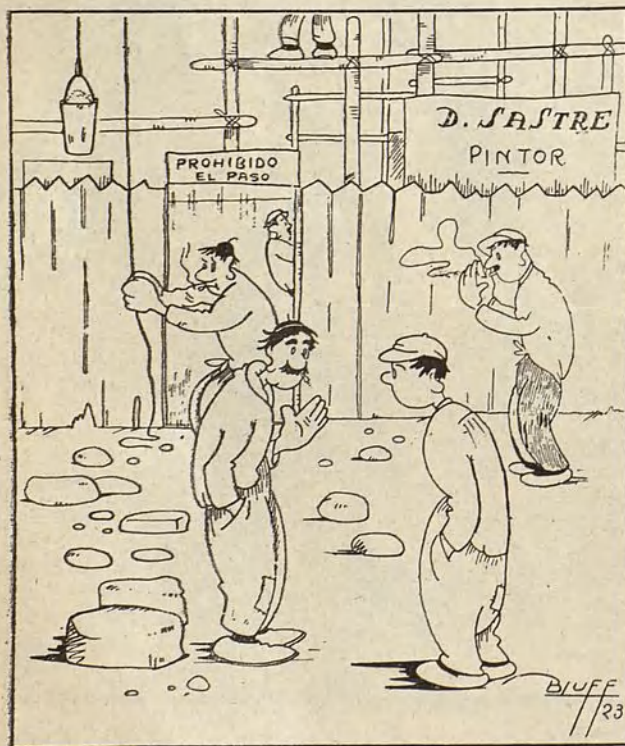
LEUKO. *(Dirigiéndose a Sagunto.)*

¡Misero pueblo sitiado,  
cómo defiendes tu fuero,  
y en tus muros encerrado  
resistes al extranjero!

ANÍBAL. *(Levantándose furioso.)*

¡Yo estoy ya más chamuscado  
que el cinturón de un bombero!...

*(Una larga pausa.)*



Dib. BLUFF. — Madrid.

— No entiendo por qué necesito haber estudiado...  
— No exijo tanto, joven; me conformo con que sepas  
elevant al cubo...

LEUKO. *(Volviéndose hacia Aníbal.)*

¿Sufres penas o reveses?

*(Nueva pausa.)*

Di, Aníbal, ¿qué te pasaba?

ANÍBAL. ¡Que a cien mil cartagineses  
nos traen en jaque ocho meses,  
y esto, Leuko, es la caraba!

LEUKO. Perecen... Ya lo ves. ¿No te consuelas?

ANÍBAL. ¡Estoy que echo las muelas!

LEUKO. El cerco de Sagunto verás roto.

Ten paciencia y escucha mis razones.

ANÍBAL. ¡Se acabó mi paciencia! ¡Estoy que boto!

LEUKO. Aníbal, que no es tiempo de elecciones...

ANÍBAL. *(Hecho una verdadera fiera.)*

¡Hasta mañana solamente espera  
mi gana de vencer en esta lucha!

¿No me crees?

LEUKO. ¡Te creo! ¡Eres un truchal!

ANÍBAL. ¡He de hacer de Sagunto un alta hoguera!

LEUKO. ¿Y tal como lo dices lo harás luego?

ANÍBAL. ¡Verás si cual lo digo no lo hago!

¿Es que piensas que el amo de Cartago  
es una especie de Millán de Priego?

LEUKO. Deja en paz a los muertos, general.

ANÍBAL. A mí un vivo o un muerto me da igual.

LEUKO. Eres un tío de lo más cabal.

ANÍBAL. Somos tal para cual.

LEUKO. No está mal.

ANÍBAL. Natural.

LEUKO. *(Aparte.)*

¡Qué animal!

ABRINCO. *(Es un capitán cartaginés; deteniéndose en la  
puerta.)*

Aníbal, ¿das tu venia?

ANÍBAL. Pasa, Abrinco.

¿Qué tal te encuentras? Chócate esos cinco.

*(Le alarga la mano, que Abrinco estrecha.)*

¿Cómo te va en el puesto de tu mando?

ABRINCO. Ni muy bien ni muy mal. Vamos tirando.

ANÍBAL. Me alegro. Y ¿qué querías?

ABRINCO. Anunciarte  
que Alcón y Alorco quieren saludarte.

LEUKO. ¡Dos saguntinos!

ABRINCO. Sipi.

ANÍBAL. ¡Qué porfial!

¿Y es cierto que no sabes el objeto  
de su visita?

ABRINCO. Guardan el secreto,

y no murmuran esta boca es mía.

Sólo Alcón, a quien trato tú por tú,

me ha dicho que te pida una interviú.

ANÍBAL. Diles que pasen. Tomarán vermouth;

verás cómo se van haciendo tú.

*(Una pausa larga; entran Alcón y Alorco, que son  
dos ancianos saguntinos.)*

ALCÓN. Salud.

ALORCO. Muy buenas.

ANÍBAL. Hola.

LEUKO. Se saluda.

ALORCO. Se corresponde sin ninguna duda.



ANÍBAL. Sentadse ya.  
 ALCÓN. No, no...  
 ANÍBAL. Pero ¡qué afán!...  
 Ensilla a estos amigos, capitán.  
*(Abrinco ofrece sillas a los ancianos, y todos se sientan.)*  
 Bueno, pues os escucho.  
 ALCÓN. Se agradece.  
 ANÍBAL. ¿Qué os ocurre? O mejor, ¿qué os acaece?  
 ALCÓN. *(Tras un silencio.)*  
 Pues venimos aquí yo y este punto a decirte con máxima energía que lo que estás haciendo con Sagunto es una verdadera porquería.  
 ANÍBAL. ¡Hombre, no exageréis! Eso es la guerra...  
 ALCÓN. Pero una guerra demasiado perra.  
 ALCÓN. Tus máquinas guerreras nos atizan de una forma, que estamos intranquilos.  
 ALCÓN. Y en la plaza aterrizan unos cascotes de doscientos kilos que al que pescan lo dejan contrahecho...; y, vamos, ¡no hay derecho!  
 ALCÓN. No te creas que somos unos trastos, que sabemos vencer en una liza; pero de eso a hacer dramas de Alcoriza hay una diferencia, ¡qué canastos!  
 ANÍBAL. Si no queréis que os zurre la badana, rendid Sagunto.  
 ALCÓN. *(Furiosísimos.)* ¡No nos da la ganal.  
 ALCÓN. De rendir a Sagunto no nos hables...  
 ANÍBAL. ¿No veis cómo os ponéis intransitables?...  
 ALCÓN. ¡Eres un cabezota!  
 ALCÓN. ¡Eres un tercol!  
 ANÍBAL. ¡Aníbal, por tu Dios, levanta el cerco!  
 ANÍBAL. ¡Ni por Moloch haré tal desatino!  
 ANÍBAL. ¡No volváis a insistir, que hacéis el chino!  
 ALCÓN. ¿Es tu última palabra?  
 ANÍBAL. ¡La postrera!  
 Mañana iré a Sagunto hecho una fiera.  
 ALCÓN. ¿Piensas entrar cual vendabal que arrasa?  
 ANÍBAL. Yo entro allí como Pedro por su casa.  
 Hoy reúno a mis jefes en congreso y lo decido.  
 ALCÓN. ¡Que te crees tú eso!  
 Cuando entres en Sagunto, general, no encontrarás ni un traje de percal.  
 ANÍBAL. *(Bastante chulo.)*  
 ¡Ya lo veremos, pollos!  
 ALCÓN. ¡Lo veremos!  
 ALCÓN. *(Aparte a Alorco señalando a Aníbal.)*  
 Este hombre es el más memo de los memos...  
*(Alorco y Alcón se inclinan y hacen mutis.)*

\*\*\*

Efectivamente, a la siguiente mañana, Aníbal entra en Sagunto y encuentra la ciudad hecha una hoguera de virutas; ni un saguntino ni medio ha quedado con vida: todos se han matado arrojándose a las llamas.

ANÍBAL. *(Contemplando el siniestro.)*  
 Para esta barbaridad  
 ocho meses de estipendios...  
 ¡Y tal vez a la ciudad  
 la aseguraron de incendios!...  
*(Queda pensativo succionándose el dedo meñique de la mano derecha, y entonces cae el)*

TELÓN

FIN DE LA TRAGEDIA

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. MONDRAGÓN — Barcelona.

— ¡Hola, amiguitos! ¡Cuánto tiempo sin vernos!  
 — Es que salimos poco. Como somos gemelos, papá nos tiene metidos en un puño.



Dib. MEL. — Madrid.

— ¿Y dice usted que este vino es de Valdepeñas?  
 — Sí, señor, sí.  
 — Bueno; pero estará bautizado en Madrid, ¿eh?...



# ALREDEDORES DE DON ABDÓN PLA

## MI FIEBRE

Cuando yo tengo fiebre, es *fièvre*; con *v*, muy marcada la *v*, muy calenturienta y febril al pronunciarla: *fièvre*, *fièvre*. Así es la verdadera fiebre.

## MI APADRINADO

Un compañero mío de oficina sufrió una grave ofensa: subía una vez con su esposa al tranvía, y al hacerlo ella, que iba delante de él, se la plegó la falda en la corva y mostró de corva abajo una bella pantorrilla de media transparente. Un joven señorito que iba a subir detrás, exclamó picaresco: «¡Húy, toma!» Mi amigo se revolvió como un miura: agarró enérgicamente por las solapas al pollo, y recibió del mismo una gran bofetada que le encendió el carrillo como un tomate en el que se diera el caso de que picara.

Se cambiaron las tarjetas — por cierto que con la confusión, el azoramiento y las voces se las volvieron a dar y tuvieron que cruzarlas tercera vez —, y luego salieron en busca de padrinos. Yo lo fui, con un digno coronel que era una risa verle serio, de mi compañero. El cual, habiéndonos citado en su casa, nos habló así:

— Yo soy un hombre. Y como yo soy todo un hombre, yo no puedo dejar de ir al terreno a batirme con ese miserable. ¿Me han oído ustedes bien? Pero...

Nosotros nos miramos. Teníamos una amarga sospecha de lo que aquel hombre nos diría. Continuó:

— Pero...

Volvió al silencio. Arrugó la cara, torció la cabeza, se miró las uñas. ¿Rompería a hablar? No se atrevía a decirnos *aquello*. Continuó:

— Pero...

Nos miramos de nuevo los padrinos. El coronel se ponía de mal humor, arrugaba la frente y se echaba hacia los ojos las cejas, el flequillo y la visera de la gorra, que no acostumbraba a quitarse. Yo tenía miedo de que se incomodara el coronel. La situación se ahogaba. Mi compadrino dijo enérgicamente:

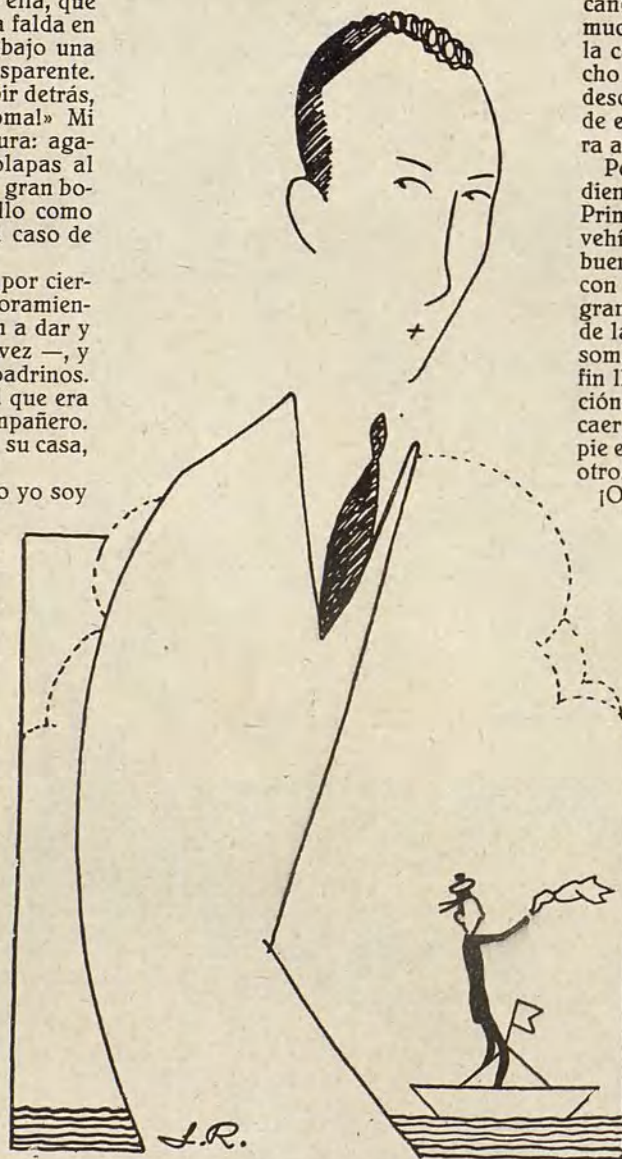
— Señor caballero, con nosotros se obliga usted a ser sincero. Séalo, digo.

— Pues bien: aquí, Abdón — dijo señalándome —, sabe cuán poco alcanza mi sueldo en la nómina de mi oficina. Ustedes dos saben que tengo siete hijos. Yo voy al campo del honor, porque sé que eso no tiene

importancia ninguna; es una tontería generalmente; una estupidez... Pero... yo quería, pues..., un duelo baratito...

— Está bien — dijimos.

Entre alquiler de pistolas, que eran desiguales, un ómnibus de tres mulas, papel para el acta, unas botellas de cerveza, un mediquillo e imprevistos, ajustamos un duelo en quince pesetas por combatiente.



*He aquí, autocaricaturizado, a nuestro colaborador el estupendo caricaturista Paco López Rubio, que en el pasado junio ha embarcado para el Brasil y otras Repúblicas suramericanas, donde hará exposiciones de sus obras.*

Además, pudimos devolver íntegro el botiquín, y nos reembolsaron tres pesetejas. Esto no lo saben los valerosos enemigos, y los padrinos tocamos a tres realillos.

## MI ARROJO

Acababa de instalarme en Madrid la primera vez que pasé una larga temporada en la corte, y por de pronto, buscando episodios, hice el amor a una muchacha que vivía en un tercer piso de la calle de la Princesa. Iba yo hasta dicho lugar en tranvía; mandaba parar, y descendía solemne. Y allí, en la acera de enfrente, esperaba a que ella quisiera asomarse.

Por entonces fui poco a poco aprendiendo a tirarme del tranvía en marcha. Primero lo hacía cuando la marcha del vehículo agonizaba; luego cuando iba a buena velocidad, dejándome caer, ¡ay!, con muchísimo cuidado y corriendo un gran rato a su lado, como si un señor de la plataforma me hubiera quitado el sombrero y yo fuera a por él. Pero por fin llegué a la suma habilidad y perfección: soltaba mis manos, y me dejaba caer, inclinándome; en seguida ponía un pie en tierra, y junto a él, firmemente, el otro. ¡Eureka, eureka!

¡Oh!... Ya no mandaba parar el tranvía frente a la casa de mi amada. Yo me arrojaba con fruición y vértigo, y deseaba que el coche llevara una velocidad vertiginosa... Pero ella, mi ensueño, no estaba jamás. Hasta después no se asomaba nunca...

Un día, ¡ah qué dichal, desde bien lejos la vi con el pecho sobre los brazos y los brazos sobre la baranda. ¡Al fin me era concedido por el cielo que ella presenciara mi arrojo! Me preparé, es decir, que me abroché la americana y templé mis piernas.

Una señora anciana se levantó y dijo al cobrador:

— Cobrador, haga usted el favor...

El tranvía fué parando poco a poco. Paró al fin, precisamente enfrente de ella. Allí estuvo parado hasta que la *tía vieja* descendió. Yo descendí también. Pegué un puntapié en el costado amarillo del vehículo. Ella sonrió burlona y se metió para siempre...

Yo lloré aquella noche amargamente. Mojó y mordí la almohada como nunca. — ABDÓN PLA.

El mecanógrafo,  
ANTONIO ROBLES



# LA GRIPE ES MUY TRAICIONERA

SOBRE TODO CUANDO SE TIENEN AMIGOS CARIÑOSOS

— A ver, Catalina, tómate el pulso.  
— Yo no entiendo de eso.  
— El Gobierno abandona la educación de la mujer. Trae el termómetro.  
— Toma.  
— ¿Ves?... Tengo fiebre; nada más que cinco décimas; pero fiebre al fin.  
— ¿Aviso al médico?  
— No. Es poca cosa. En la oficina he estornudado varias veces; he tosido algo... Esto es gripal.  
— En efecto: creo que tienes la gripe. Acuéstate.  
— Voy; prepárame un ponche.  
— En seguida. ¡Nemesial... Baje usted a la tienda por una botella de ron. El señorito tiene la gripe.

(Por la noche.)

¡Tilín, tilín, tilín!...  
— ¡Caramba, qué sorpresa! ¡Nicanor y Escolástica! ¿Cómo vosotros por aquí?

— Nuestra criada se ha enterado por la vuestra, en la tienda, de que Ataúlfo estaba con la gripe, y venimos a verle.

— ¡Muchas gracias! Pasad, pasad. ¡Ataúlfo! Escolástica y Nicanor, que vienen a verte.

(Ataúlfo, que suda como un pollo, saca la cabeza y un brazo de entre las sábanas.)

— Muy amables... Pero..., ¡atchísss!..., ¿para qué os habéis molestado?... ¡atchísss!..., ¡atchísss!...

— ¡Jesús! No es molestia; es un deber. ¿Tomas algo?

— Sí; ponches. (La voz de Ataúlfo enronquece súbitamente.)

— No está mal; pero debes pintarte de yodo la espalda y el pecho.

— No se deja, hijos, no se deja.

— Es que no hace falta; con sudar un par de horas se me quitará.

— ¿Quieres callarte? La gripe es muy traicionera... Recaredo se murió de la gripe.

— ¿El godo?

— El recaudador de contribuciones. Nada, nada, el yodo es lo mejor. ¿Tenéis yodo?

— Sí; pero...

— No hay pero que valga. Sería un crimen abandonarte. Hacedme el favor; yo mismo te voy a pintar...

— Si no creo que...

— Te repito que la gripe es muy traicionera. Esto, si no se ataja pronto, es fatal. A ver ese pecho.

— Nicanor, ¡por tu padre!

— ¡A ver ese pecho, dígo!

— ¡Que estoy sudando, Nicanor!

— Más sudarás luego... ¡El pecho, el pecho!

(Nicanor reclama el pecho con la vehemencia de un sietemesino lactante. Ataúlfo se rinde.)

(A la tarde siguiente, Ataúlfo yace en el lecho, brillante de fiebre la piel y perdida en el espacio la mirada vaga. Rodean su cama Catalina, la amante esposa; Nicanor y Escolástica, los cariñosos amigos; Guadalupe y Lorenzo, sobrinos de Escolástica y Nicanor, y Sotero, Enrique, Atanagildo y Ladislao, compañeros de baldique y tresillo de Ataúlfo. El griposo yacente.)

GUADALUPE. — ¿Dice usted que ha pasado bien la noche don Ataúlfo?

CATALINA. — En lo que cabe. El yodo que le dió Nicanor y las sanguijuelas que le aplicó Atanagildo, le han molestado bastante.

NICANOR Y ATANAGILDO. — La gripe es muy traicionera.

CATALINA. — Lo raro es que se le haya recargado la fiebre por la tarde.

ESCOLÁSTICA. — Cuando hemos llegado nosotros estaba casi limpio.

CATALINA. — Es verdad; pero a la media hora se puso en treinta y nueve grados.

SOTERO. — Ahora está cargadísimo. ATAÚLFO (con voz cavernosa). — Cargadísimo, sí...

ENRIQUE. — Ataúlfo...

ATAÚLFO (oscila un párpado y clava en Enrique un ojo abesugado). — ¿Qué acaece?

ENRIQUE. — ¿Cómo estás?

ATAÚLFO. — Bien; ¿y tú?

ATANASIO. — No me gustas nada, Ataúlfo. ¿Quieres que te pongamos unos sinapismos?

(Ataúlfo, en vez de contestarle, mira alrededor buscando un arma.)

GUADALUPE. — Creo que tiene razón este señor. Ataúlfo parece congestionado...

SOTERO. — Pues no hay que pensar estas cosas... Vengan los sinapismos. La gripe es muy traicionera...

ATAÚLFO (con voz de ultratumba). — ¡Ladrones!...

ESCOLÁSTICA. — ¡Pobrecillo! ¡Delira!

SOTERO. — ¡Los sinapismos, los sinapismos!...

(Entre todos se apoderan de las pier-

nas de Ataúlfo y se las rebozan cruelmente con mostaza. Ataúlfo se desmaya.)

(Igual hora del día siguiente. Las numerosas amistades de Ataúlfo y las infinitas amistades de las amistades de Ataúlfo han invadido la casa. Cada visitante conoce un remedio único contra la gripe, y todos, absolutamente todos, son ensayados en el misero cuerpo de Ataúlfo. Todos bisbisean, hablan, tuman y opinan. La fiebre de Ataúlfo sube más de prisa que el pan cuando mandan los liberales. Vencido y roto, da un ronquido y se vuelve sobre el costado derecho. Es que agoniza.)

CATALINA. — Duerme; salgamos.

NICANOR. — En cuanto se despierte, la irrigación.

LORENZO. — Y los sinapismos en la espalda.

SOTERO. — Friegas, friegas en las articulaciones...

GUADALUPE. — Y las gárgaras con clorato...

ATANAGILDO. — Y los pediluvios con lejía y mostaza...

ATAÚLFO (para su cadáver). — ¡Que os creéis vosotros que me voy yo a despertar!...

(Salen todos. Ataúlfo se incorpora, da una patada a las ropas de la cama, quedándose al descubierto como un picador valiente. Se mira el cuerpo, frotado, yodado, sinapizado y llagado. Una lágrima color de yodo resbala por su cerúlea mejilla y murmura):

— ¡¡¡Esto no se hace ni con un conejo de Indias huérano!!!...

Leemos en *El Alarido*:

«Víctima de la traidora gripe, ha fallecido en esta corte el ático humorista don Ataúlfo Mento de las Armas.

»La noticia ha producido hondo pesar entre sus numerosas amistades.»

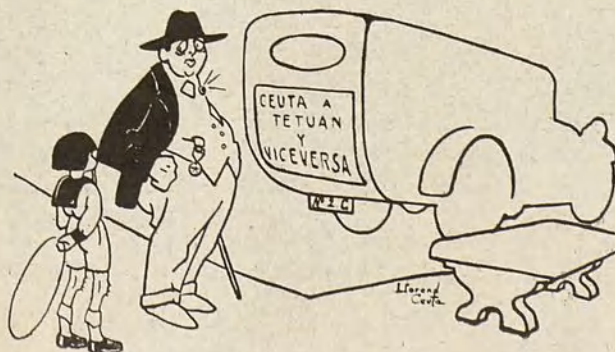
## EPÍLOGO

Si eres mala persona, aquí y en Jaca curarás de la gripe, si te ataca.

Si eres bueno y te adoran tus amigos, ¡no daré por tu vida ni dos higos!!

Por la experiencia,

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO



Dib. LLORÉNS  
Centa.

— Oye, papá, ¿está muy lejos viceversa?



# LAS COSAS DE LOS TEATROS

## RESUMEN DE TEMPORADA

Se terminó la temporada. Algunas compañías resistieron heroicamente los calores asfixiantes hasta el pasado domingo; otras, una o dos, aguantaron varios días más; pero cuando estas líneas vean la luz pública, todo lo que tuviera carácter oficial habrá dado fin.

Murió la temporada; olvidémosla para siempre.

Quisiéramos hacer un resumen de ella, un artículo extenso, documentado, y realmente carecemos de materiales dignos de tal molestia. Ha sido una liquidación por derribo.

El resumen puede expresarse con una sola palabra: ¡Catastrófico!

Nada nuevo, nada bueno. Ni una revelación en el escenario, ni siquiera un proyecto interesante en las cuartillas.

Los de todos los días estrenaron sus comedias y las representaron sin un relieve digno de atención ni una inquietud

ni aun una esperanza que nos alegrase esta mísera existencia teatral tan depauperada, que tememos acabe de extinguirse en un brevísimo plazo. Entre todos lo mataron y ello solo se murió.

No se me oculta que, aunque en pequeña parte, algo me corresponde de culpa en la hecatombe teatral que hoy comento tan a la ligera.

Pero he de acallar — lo pretendo —, no los gritos, sino los horribles aullidos de mi conciencia conturbada por el temor a las responsabilidades. Voy a sincerarme un poco. He sido durante cerca de trescientos sesenta y cinco días un embustero, un falaz, un mixtificador.

He escrito en ese tiempo una tan enorme cantidad de mentiras, que temo no me queden días en mi vida para arrepentirme y salvar mi ánima pecadora. El ciento por ciento de lo que dije que era genial no pasaba de ser *algo estimable*. El setenta y cinco de lo que alabé era más del doble de lo

cierto. Otro crecidísimo porcentaje de elogios los inspiró la amistad, y muchas comedias no las vi para no sentir luego el rubor del adjetivo inadecuado. Si de algún cómico o de algún dramaturgo hablé severamente, en todo caso me quedé corto. ¡Eran peores!

Hice caso de mil recomendaciones; cedí a centenares de sonrisas; fui un impostor. Y además un ingenuo.

Con la cantidad de energías y de horas malgastadas en *bombear* a amigos, conocidos y recomendados, un hombre práctico se hubiese enriquecido. Pagados los elogios a la tarifa normal de anuncios, las comisiones que me correspondiesen por administración ascenderían a miles de pesetas.

Algunos, mal acostumbrados, porque no reíncidí en el elogio, se tornaron en mis enemigos irreconciliables, y hablaron mal de mí... y siguen hablando.

A mis gacetillas hiperbólicas no se rindió el encanto de ninguna bella artista agradecida; ni eso siquiera.

He hecho un negocio como para que se me encomiende la defensa de los intereses de nadie...

En honor a la verdad, consignaré que hubo un par de excepciones. Personas que nada me pidieron y que a mis gentilezas correspondieron entregándome el corazón con toda lealtad. Quisiera nombrarlas y no me atrevo: ellas se dan por aludidas.

Pero no nos apartemos del tema. Insisto en confesar mis insinceridades y mis debilidades. Pido que, como sanción a mi culpa, sigan durante algún tiempo sin creer más que la mitad de lo que les diga. Así, si afirmo que un artista ha compuesto muy mal un papel, consideren los lectores, el público, que he sido demasiado benévolo, y aun se decidan a ir al teatro provistos de objetos arrojados..., ¡y que los arrojen!

Vénguenme ustedes, defiendan a este pobre abúlico, contrito pecador, que hizo el *canelo* durante una temporada entera. Irrítense y piensen que se les ha dado *coba* durante un año, sirviéndoles gato por liebre y a veces gato *refrito*.

Deben ustedes rechazarlo todo de ahora en adelante si quieren que se les llame personas de inteligencia: les están tomando el pelo...

La próxima temporada hay que reivindicarse, hay que tener un gesto digno, hay que no tolerar los engaños de los periodistas ingenuos ni de los que obran inspirados por el interés...

Y... ¿ven ustedes cómo soy un *primo*? Me estoy echando el público encima...

He dicho toda la verdad, me he desacreditado ante el lector de buena fe, y encima me he buscado el odio de actores, autores y empresarios.

Yo quería hacer el resumen de la temporada, y lo he hecho: quedar a malas con todos...

Soy un hombre que defiende sus intereses.

José L. MAYRAL.



Dib. CISNEROS. — Madrid.

- ¿Qué te pasó ayer?
- Na, hombre; que después de discutir con aquel tío, me amenazó y me dijo que me iba a dar p'al pelo
- ¿Y qué?
- ¡Que me dió un real!





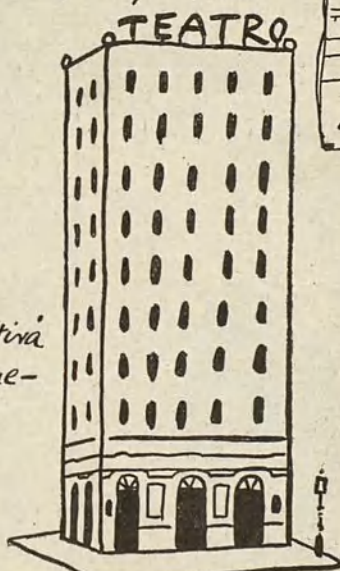
Corns en esta semana no ha habido  
estrenos, os voy a colocar cuatro  
camelos



Se dice, que el maestro Serrano ha con-  
tratado varios mozos de cuerda, para  
poder llevar a los teatros todas las obras  
que estrenará! la próxima temporada.



... que Arniches, permitirá  
asistir a los ensayos gene-  
rales de sus obras



... que el nuevo teatro de la  
Gran Vía, tendrá terreno sifón  
W.C. y cuarto de baño para  
cada espectador. Se le calen-  
ta una cabida de 10000000



... que  
se ha  
inaugura-  
do una  
clase de  
foot ball para que  
vayan a practicar  
los camibales que  
cultivan el sport de  
patear en los estre-  
nos.



... que Borrás, forma con Loreto  
y se buscarán la pulga en EL  
Español, con permiso del ayun-  
tamiento y de la Chelito.

«CAMELOS» TEATRALES por ROBLEDANO.



Se cantará en todas las iglesias  
de Madrid en nra mayor.



... que Wagner ha resucitado  
para ver a su sucesor y rogarle  
de unos toques a Parsifal



... que Thuiller ha sido  
contratado de galán jo-  
ven por la empresa  
Palou Sassone.

HA TERMINADO

Robledano



# RELATOS MARAVILLOSOS

(TRADUCIDOS DEL NORTEAMERICANO)

## LA DESAPARICIÓN DE PÉREZ

Trinidad Pérez era un negro martini-qués avecindado en Nueva York, según constaba en su cédula personal de undécima clase (pesetas 1,17, incluidos todos los recargos; y lo sé muy bien porque yo gasto la cédula de la misma medida).

Trinidad Pérez, que, aunque negro, era una persona decente, tenía dos aficiones que le llevaban a ciertos excesos incompatibles con la salud: la de comer

mucho y la de ser actor. Desde luego ya supondrán ustedes que un hombre con cédula de undécima clase no puede comer mucho... ni poco, a no ser que le conviden o que quede a deber los almuerzos y las cenas en el restaurante. Pero ¡oh insondables misterios del alma humana y del cuerpo bien alimentado!, es el caso que Pérez comía, según unos como un buitre y según otros como un buitre y la esposa del buitre, lo cual supone dos cubiertos aterradores por la mañana y dos raciones *super-*

*dreaghnouts* por la noche. Dicese también que el café que tomaba Trinidad se lo servían en sopera, que el pan no se lo llevaba a la mesa un mozo de la fonda, sino un mozo de cuerda (primera vez en el mundo que se menciona un pan sobrado de peso), y que cuando comía sopa de letras había que ponerse las todas mayúsculas. Con todo lo expuesto comprenderán ustedes que la barriga de Pérez asustaba incluso en la Inclusa (de Nueva York), y que llegó a preocupar a no pocos tocólogos de la Quinta Avenida y callejones adyacentes.

Respecto a la otra afición de Trinidad, o sea a la de ser actor y debutar en un teatro de categoría, aunque más inofensiva, no por eso dejaba de llevar al simpático negro a extremos alarmantes, tales como el de amenazar de muerte a un Muñoz Seca yanqui si no le recomendaba a un empresario para que le contratase. Debemos decir que la amenaza surtió su efecto, y que Pérez fué propuesto para salir en una comedia a decir lo que en el lenguaje teatral se llaman *bocadillos*, o sea un par de frases sin importancia (una cosa así como las frases de Maura). Pérez protestó, diciendo que darle a él un papel con dos *bocadillos* era no conocer su estómago, que necesitaba un papelón con un cordero asado; pero se calmó con la promesa de que los papelones vendrían después si él demostraba aptitudes para el arte de Vico o de Calvo, de quien se le dijo que fué un cómico que, aunque Calvo, declamaba al pelo...

Pérez debutó al fin, y a fuerza de amenazas, en un teatro de Brooklyn; y gano de lucirse, y como su papel era más corto que un papel Nikola, empezó a meter morcillas como una fiera. Las morcillas tuvieron más éxito que si fuesen comestibles; resonaron los aplausos, y el gran Trinidad saboreó las mieles del triunfo, y no sólo las soboreó, sino que se las metió entre pecho y espalda y pidió más.

Pérez fué reconocido unánimemente como gran actor cómico, hasta tal extremo, que se le empezó a llamar por unos el Chicote negro, por otros el Bonafé negro y por otros el Simó Raso negro; pero Trinidad se cansó bien pronto de su fama y aspiró a más: quiso ser actor trágico, para que le llamaran el Borrás negro o el Morano negro, aunque la dificultad de ser negro y Morano al mismo tiempo era bien manifiesta.

Supondrán ustedes que Trinidad no se salió con la suya, ¿verdad? ¡Pues están ustedes muy equivocados! Se salió;



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— ¿Que no soy un hombre serio, Lolita, cuando estoy dispuesto a hacer todas las tonterías que a usted se le ocurran?...



y se salió más pronto que una cacerola rota por abajo.

Fué actor trágico y alcanzó los mismos triunfos que en el género cómico, aunque hay que advertir que en esta nueva etapa no interpretó más que una sola obra: *Otelo*, porque era la única para la que tenía condiciones, y sobre todo para la que no necesitaba caracterizarse. Todos ustedes saben que *Otelo* era un moro negro como la mora, y como Trinidad era negro como el moro, estaba maravilloso en el moro. Por el contrario, para hacer papeles blancos (o papeles de raza blanca, para que no se confundan ustedes con el papel de cartas) Trinidad tenía necesidad de darse polvos, y el negro cuando se empolva ya sabemos todos que no está bien, por lo que Pérez estaba mal y no quiso exponerse a un fracaso.

La novedad más importante de la actuación de Pérez en su etapa trágica fué que siguió ilustrando con sus acreditadas morcillas la prosa de Shakespeare. El público no sólo se las toleraba, sino que se las pedía, y los críticos las comentaban con benevolencia, celebrando no pocas veces su ingenio. No hubo un sólo crítico que intentase mermar los triunfos del negro, ni un sólo revistero que pretendiera tirar al negro, cosa, por otra parte, muy difícil dada la altura a que se encontraba.

Un día, no obstante, sobrevino la tragedia; pero fuera de la escena. Pérez desapareció misteriosamente de la noche a la mañana, y nadie volvió a saber una palabra de él.

Se habló de un secuestro, de un accidente, de un asesinato. Se hicieron pesquisas para encontrar su cadáver; pero el Cuerpo de Policía no pudo encontrar el cuerpo de Pérez. Nadie acertaba a explicarse lo que los asesinos (caso de que los hubiera) habían hecho del cuerpo. Las sombras que rodeaban el suceso eran más negras que el protagonista. El *World* publicó una necrología con el título *Pérez diñóla*, y el *New York Times* un sentino artículo denominado *¡Adiós, negro!*, frase que aunque en Madrid, y dicha desde una esquina, no es correcta, en Nueva York hizo llorar a los lectores.

Después, Trinidad Pérez fué olvidado. ¡Y es que en el mundo todo pasa..., a excepción de un duro del cuño de 1890 que tengo en mi poder desde las fiestas de la coronación!...

Un mes más tarde se reunieron a comer varios actores, envidiosos de la gloria del negro, que se disponían a celebrar de esta manera su misteriosa y definitiva desaparición, que les quitaba tan formidable rival.

En el restaurante donde tuvo efecto el banquete, famoso por lo exquisito de su cocina, quisieron lucirse con los cómicos, y en el lugar destinado al cuarto plato sirvieron unas morcillas francesas que estaban diciendo *¡Haced el favor de comerme!* desde que salieron de la sartén.

El primer actor (mejor dicho, el actor primero) que se comió la primera morcilla, apenas la hubo saboreado lanzó una carcajada formidable; cosa que hizo el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto y el sotabanco. A los dos minutos todo cristo andaba por el suelo rodando, en un acceso de hilaridad espantosa y formidable. Si uno reía como un bárbaro, el otro se carcajeaba como un bestia y el de más allá se destrozaba las batientes mandíbulas como un rotundo animal. El único hombre que pudo permanecer serio mordió su correspondiente embutido y exclamó con profunda convicción:

— ¡Este es Pérez! ¡Estas morcillas son de Pérez!

Y he aquí cómo se averiguó que Pérez, cuya enorme gordura fué causa de que se pensara en tan pingüe negocio, fué asesinado, descuartizado y hecho picadillo, y vendido después, en el número de quinientas morcillas, a todos los restaurantes de Nueva York y pueblos comarcanos.

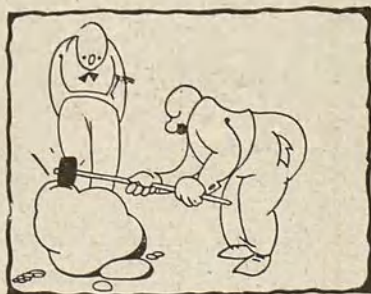
¡Si hay un actor español que después de muerto haya hecho reír con quinientas morcillas, que levante el dedo!...

ERNESTO POLO

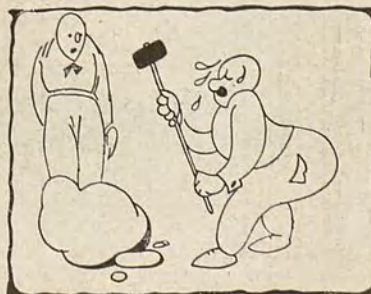
## MÁS VALE MAÑA QUE FUERZA

por

SÁNCHEZ VÁZQUEZ



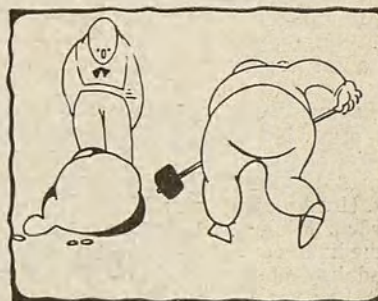
1. — ....



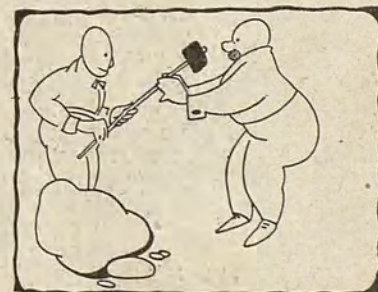
2. — ....



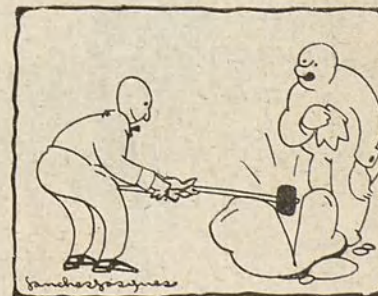
3. — ....



4. — ....



5. — ¡Venga ese mazo! Lleva usted una hora dando golpes, y no puede partirla.

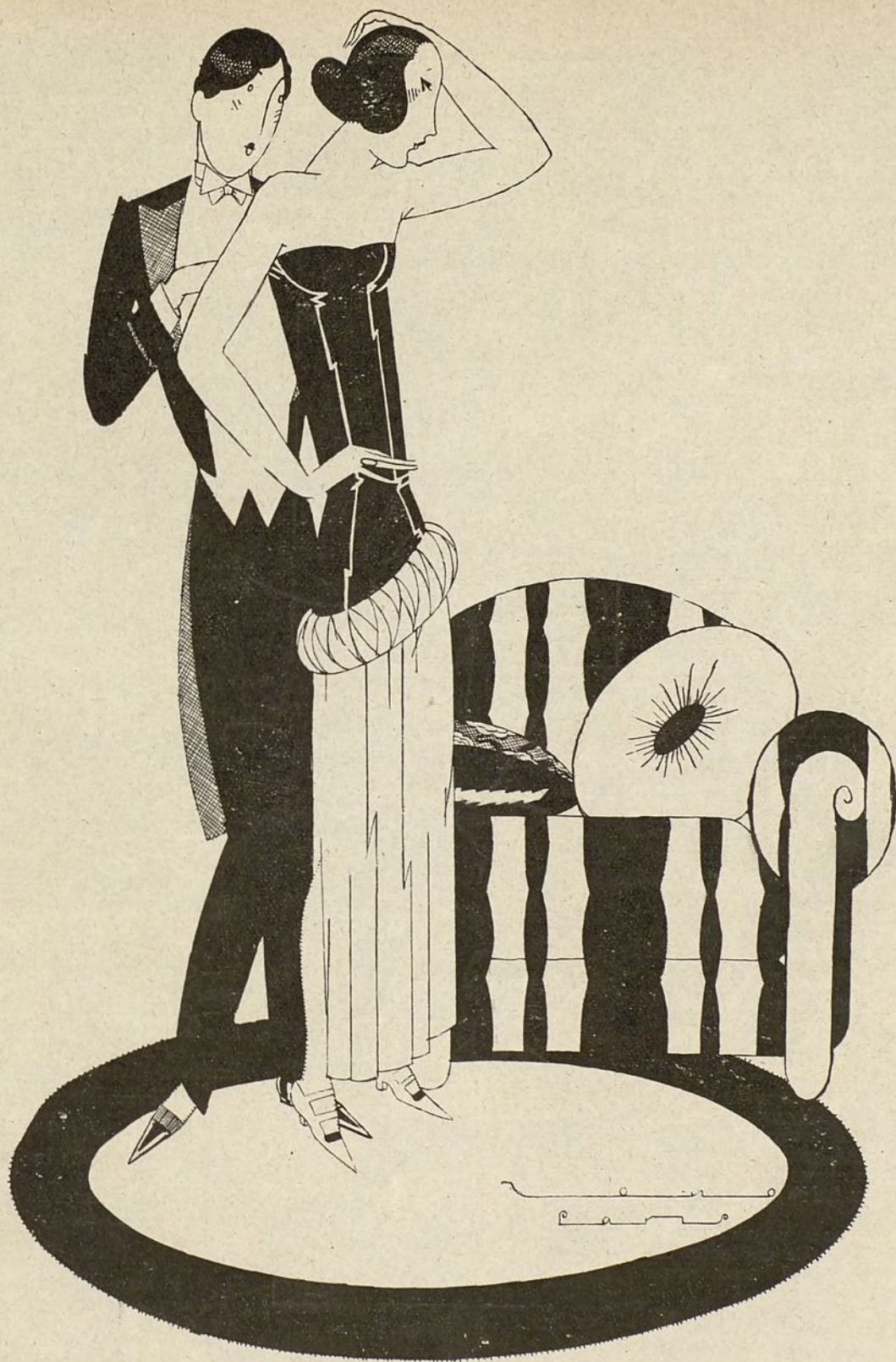


6. — ¡Claro!... ¡Después de que la he ablandado yo!...









Dib. TONO. — Madrid.

ÉL. — Desde que usted no me quiere  
he perdido cinco kilos.

ELLA (distráida). — ¿Y en dónde?



## SUCESOS DE LA SEMANA

**Un atraco.** — Al salir de cenar del conocido restaurante que se ha hecho popular con el nombre de *Casa de Prócuro*, fué asaltado por dos sujetos de feísima catadura el célebre poeta ultraísta Casimiro Lapringue.

Los ladrones se incautaron de todos los bienes del vate, esto es: un reloj de bolsillo, sin horas y sin cuartos; un bolsillo de cuero, también sin cuartos; una pipa de cerezo, una camiseta y un ejemplar de la Biblia protestante.

El poeta se felicitó de la oportunidad de los cacos, pues dijo al denunciar el hecho que gracias a ellos había sido atracado, cosa que no había podido conseguir en el restaurante de Prócuro en doce años que venía cenando en él.

**Choque.** — Una jardinera de las Ventas, que regresaba ayer de los toros cargada de público, que a su vez venía también cargado de la corrida, chocó en la plaza de Castelar con un árbol cincuentenario de los que adornan aquellos ámbitos.

El árbol fué podado por la jardinera, cosa que no tiene de extraño más que el que hasta la fecha fueron jardineros los encargados de ese menester.

Y es que el bello sexo se está imponiendo de una manera imponente.

**Un descuido lamentable.** — El pasado martes ocurrió una sensible desgracia en la cuesta de Santo Domingo.

De un carro que pasaba lleno de libros se desprendió repentinamente un ejemplar de la última novela de Unamuno, con tan mala suerte, que cayó sobre la cabeza de un transeúnte, aplastándolo materialmente con su enorme peso y dejándole moribundo.

En la casa de socorro, y antes de fallecer, declaró el herido que prefería lo que le había pasado a haber tenido que leer la novela.

Yo hubiese hecho idéntica afirmación en idéntico caso.

**Hallazgo sospechoso.** — En una esquina de la plaza Mayor fué encontrado ayer por un agente de vigilancia un envoltorio misterioso, que, según el comisario del distrito, era un hueso humano, perteneciente por las muestras a un jugador de *foot-ball*.

Toda la Policía se puso en movimiento por si se trataba de un delito. Un médico dictaminó que el hueso era un peroné de un hombre natural de Vallecas, rubio y que no sabía leer, y otro galeno afirmó que tenía que pertenecer a un asturiano cojo o a un francés sindicalista.

Ultimamente se ha averiguado que no era peroné, sino que ha resultado tibia.

O más claro, que la que ha sido tibia no es el hueso, sino la plancha de la Policía.

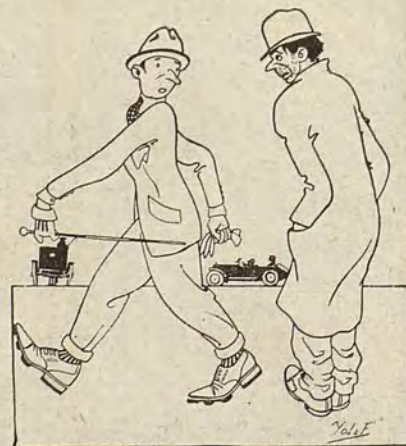
NÉSTOR O. LOPE



Dib. PINILLA. — Gijón.

— Le veo preocupado, doctor.

— Sí. Es que estoy preocupado conmigo mismo. He estado curando a un enfermo de indigestión, y me acabo de enterar de que era lo bastante rico para haber tenido apendicitis.



Dib. YOLÍ. — Melilla.

— ¡Chico, desde que te has casado llevas los zapatos muy limpios!

— Sí. Mi mujer es un tesoro. Desde nuestra boda me enseñó a limpiármelos todas las mañanas.

## TITIRIMUNDILLO

— Cada vez que el presidente del Consejo quiere convencer a alguien, le convida a almorzar.

— ¿Y queda convencido?

— Sí; convencido de que si sigue así, García Prieto va a engordar de un modo tremendo.

\*\*\*

— Anda, maridito, págame esta cuenta de la modista. No es cara, porque es un traje de levita corta.

— Lo mismo da corta o larga.

— ¿Por qué?

— Porque a la corta o a la larga he de pagar.

\*\*\*

Por estas fechas, todos los periódicos dan cuenta de que han llegado a Madrid tales o cuales compañías teatrales «a descansar».

«¡A descansar de comer!», es lo que dirán los cómicos, ante un porvenir sin contrata.

\*\*\*

Se va a celebrar un concurso internacional de natación.

¿Qué hace el presidente? Nada.

¿Qué hace el socio congresista? Nada.

¡Como se ve, no puede ser más descansado!

\*\*\*

«Los ladrones eran gente sin preparación.»

¡Azúcar!... ¡Se quiere, por lo visto, que se establezcan academias preparatorias para el robo!...

\*\*\*

— Camarero, yo creo que este pescado no está fresco.

— Bajo mi responsabilidad, puede tomarlo el señor.

— ¿Sí?... Pues como me haga daño, acudo al Consejo Supremo para eso de la responsabilidad...

\*\*\*

— ¿Quiénes están mejor alimentados?

— Los habitantes de Barcelona, que salen a atraco diario.

\*\*\*

En Valencia se cometió días pasados un robo escandaloso en un depósito de carbón.

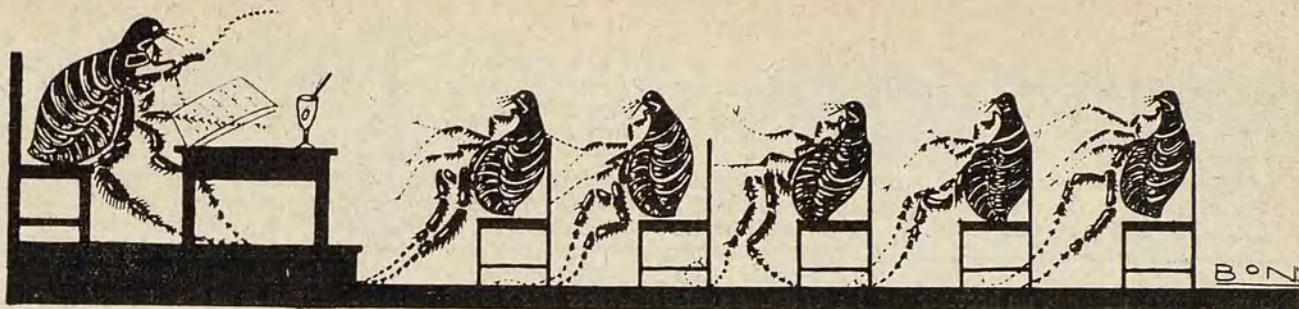
Excusamos decir el cisco que se armó.

\*\*\*

— Di, papá, ¿por qué los escaños del Congreso tienen color rojo?

— ¡Tú sabes las cosas que se han dicho allí!...





# MEMORIAS DE UNA PULGA

NOVELA, POR J. SAN GERMÁN OCAÑA

ILUSTRACIONES DE BON

I

En el nombre de la Gran Crisálida de Púlex, que rige los misteriosos destinos de mi raza, juro que estas Memorias constituyen el relato veraz de los sucesos culminantes de mi vida. Con una pata en la tumba y las otras cinco al borde, ningún parásito creyente, educado en el respeto a las tradiciones ortodoxas de sus mayores, osaría legar una impostura a las generaciones que han de proseguir la historia de una civilización tan vieja como el mundo. Ténganse, pues, estos dolorosos datos autobiográficos como sinceras aportaciones a la historia general y al *folklore* de mi pueblo, ofrecidas, no con el vano propósito de enriquecer una y otro, sino con el deseo evangélico de aleccionar a la juventud pulgar inexperta.

En vísperas de comparecer ante el severo tribunal de las Larvas inmortales, en el nombre de la Gran Crisálida de Púlex, me confieso...



He sido la pulga más desgraciada de mi especie, el insecto más triste del género *Irritants*, el ejemplar más aherrado del orden de los dípteros, la mártir, en fin, de la ilustre familia de los Pulcicos.

¡Cuántas lágrimas he derramado! Tantas, que con ellas podría llenarse un dedal cumplidamente. Ahora mismo, cuando otra pulga cualquiera estimaría como una merced divina conseguir la longevidad que yo he logrado, porque voy a cumplir dos años y

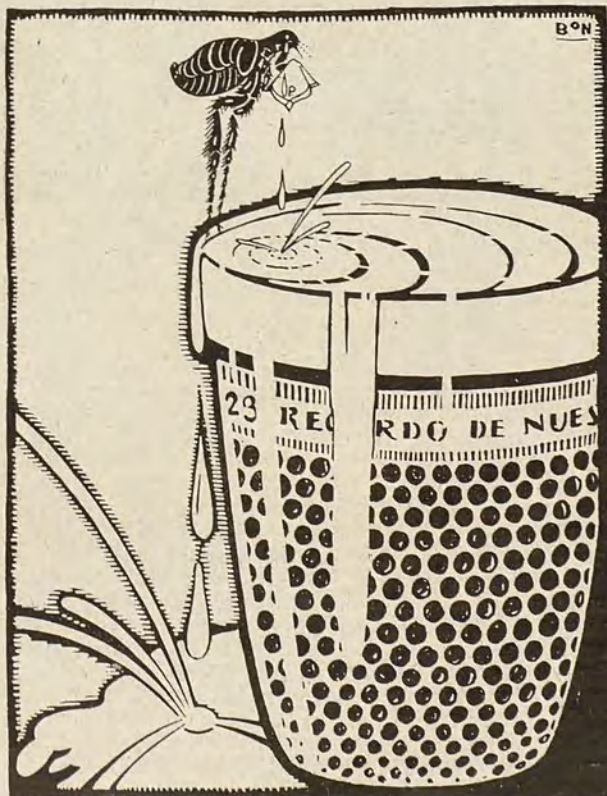
tres meses, tiempo que en la vida de otros seres inferiores de la escala zoológica — el hombre, por ejemplo — tiene la equivalencia de cerca de un siglo, contemplo con mirada retrospectiva el extenso panorama de mis vicisitudes y mis infortunios, y lamento no haber perecido de hambre o de asfixia en el huevecillo que me sirvió de matriz o en el capullo de seda que hube de tejarme para cuna antes de ver la luz del sol.

Nací en Madrid, en un rincón del cuarto de baño de la marquesa de Bella Luz.

Podría decir, como he oído a infinitas personas, si a mi edad y en mi trance se sintiera todavía el estímulo de la vanidad, que me he criado en muy buenos pañales. Mi madre, que era parisiense y estaba tocada de megalomanía, no le picaba más que a la gente de la aristocracia. He sido, por tanto, amamantada con sangre azul, y por mis venas he sentido correr algunas veces el mismo líquido generoso y cálido que impulsó la lealtad de Guzmán el Bueno. Pero si algún envanecimiento pudiera alentar

en mí por tan exquisita lactancia — si se me permite expresar mi alimentación con esta impropiedad de lenguaje —, en cambio, me acometen escrúpulos de vergüenza y de ignominia cuando pienso que en mi ser llevo nativamente una sangre impura, una sangre maldita, que me ha convertido en el estigma vivo de mi raza. Porque yo no tengo sangre limpia, porque no soy un ejemplar legítimo de la familia pulcida, porque soy hija de un... ¡Oh qué vergüenza me produce esta íntima declaración!... Perdonadme que conserve hasta última hora el santo rubor moral de mi oscura estirpe. Baste anticipar que este horrible secreto ha sido el origen de todas mis desdichas, el manantial copioso de mis duelos, la implacable *jettatura* de todos mis instantes.

Sin embargo, como estoy decidida a escribir estas Memorias, y que ellas participen al mismo tiempo del carácter de una confesión y del valor representativo de un documento histórico donde vacile el pudor del penitente, pondrá su voluntad y su civismo el autobiógrafo, con el pensa-





miento dirigido a ser útil a sus semejantes. Porque creo que ningún dolor se produce en el mundo estérilmente, sino para enseñanza y selección de las generaciones que han de advenir. Si el dolor no fuera reconstructivo, su existencia sería un enorme error del sabio designio de la Gran Crisálida. Y la Gran Crisálida es la justicia inmanente.

No pido, pues, más que un breve trámite dilatorio para proceder con el posible método cronológico en este relato.

## II

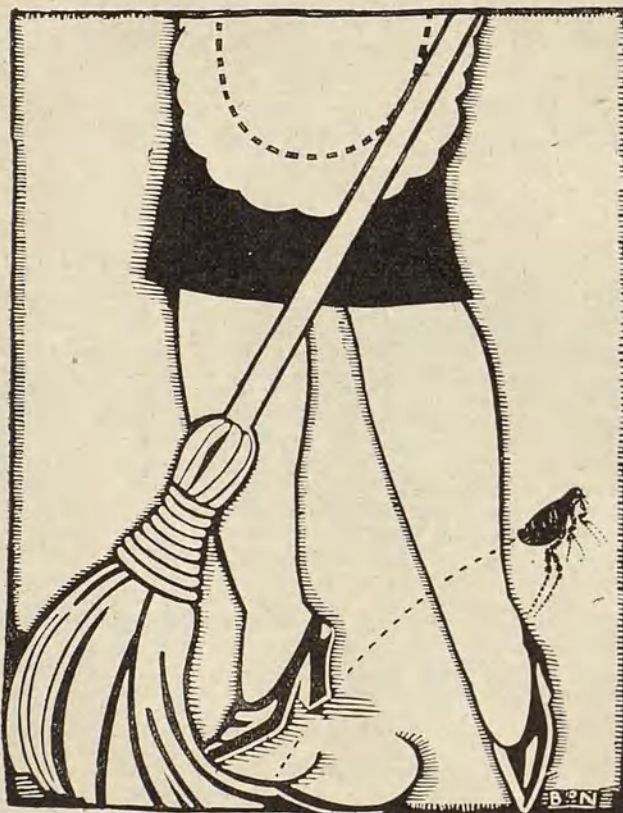
Mi madre no se recató nunca para reconocer que tuvo una sensible contrariedad porque yo había nacido hembra. Su larga experiencia presentaba los peligros que para la virtud de una pulga joven pudiera ofrecer la triste circunstancia de no contar a lo largo de la vida con el amparo de un padre conocido ni con la sombra de un hermano, porque yo era todavía — y habría de serlo siempre — su unigénita. Me pusieron por nombre Tolita, que en la pintoresca simbología de nuestro idioma significa, como sabéis, «la pulga de las antenas pequeñas y graciosas». Desgraciadamente, esta simbología era tan conforme con la realidad de mi figura, según veréis en el curso de las Memorias, que más de una vez he dudado si se habría escrito pensando en mi aquella lamentación poética que oí recitar cierto día a la marquesa:

«¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!»

De todos modos, se escribiera para una pulga o lo inspirara una mujer, es preciso convenir en que el poeta, si fué una persona, tuvo la misma percepción psicológica que hubiera podido tener un poeta de nuestra raza; y esto me sugiere la consideración de que acaso no sea más que una vanidad vituperable la que nos lleva a los parásitos a suponer que ocupamos una jerarquía más alta que los hombres en el mundo anímico. ¿Por qué sentar esta teoría como un dogma? ¿Es que los psicólogos, los naturalistas y los filósofos dípteros han explorado el mundo misterioso de nuestros enemigos lo suficiente para persuadirnos de que en la vida de los hombres no existan, como en nosotros mismos, pasiones y sentimientos, cerebros que piensen, almas que sufran y que gocen, esperanzas y desengaños, anhelos e inquietudes? ¿No tendrán esos seres monstruosos, a los que atribuimos idéntica condición cruel, bruta y subalterna que al gato y al pe-

rro, tal vez tan depurado como nosotros un sentido religioso de amor y de temor a la justicia de su Gran Crisálida?

Comprendo que no es éste el lugar más a propósito para entregarse a tan altas especulaciones, que bien quisiera, a no hallarme tan próxima a la muerte, exponer y sistematizar en un concienzudo estudio bajo este sugestivo epígrafe: *El arcano intertelúrico: Las perso-*



nas, ¿están incorporadas al alma universal?

Mientras no llega ese problemático instante, retorno con el pensamiento a mis primeros vagidos.

Mentiría si consignara que conservo noción precisa de las sensaciones que percibí durante los diez días que estuve convertida en larva en el tibio y polvoriento rincón del cuarto de baño donde vine al mundo, ni de cómo tejí el capulito de seda para transformarme en crisálida. Mis recuerdos iniciales se remontan a dos o tres días después de tener ya forma perfecta de pulga viable. Antes de esto, sólo sé, por confidencias de mi madre, que ella, mientras permanecí larvada, acudía solícita y cariñosa cada media hora a proporcionarme el rico néctar sanguíneo, fundiendo su boca con la mía, al modo como amamantan a sus pichones las palomas.

La infancia fué mi única época feliz. Cuando rompí el capullo y abrí los

ojos a la luz cenital y fuí dueña de mis movimientos, me placía mucho, en las frecuentes ausencias de mi madre, alejarme un poco del rincón en que vivíamos y sortear, ágil y juguetona, ya la estrepitosa escoba con que barría una criada, ya el terrible peligro de perecer aplastada bajo la inmensa mole de un zapato. En estas huidas me maravillaba la facilidad con que sin gran trabajo podía dar saltos de medio metro, teniendo yo poco más de un milímetro de estatura y otro tanto de larga. ¡Qué pueril voluptuosidad la mía cuando salvaba en siete u ocho aupadas la enorme distancia que había desde el comedor a mi domicilio! Llegaba con el corazón agitado por la alegría, con el fino vello rojizo de mi lomo bañado en sudor y con los ocho pequeños anillos del vientre temblorosos por el esfuerzo prematuro de mis tiernos músculos. Libre todavía mi espíritu de ciertas alucinaciones morbosas y cerrado aún mi entendimiento a la invasión corrosiva de ideas inquietantes y perturbadoras, que bien pronto habrían de acometerme, sólo me preocupaba de comer y de jugar. Corría y triscaba como un cabritillo por la superficie del linoleum, me revolcaba con delicia sobre el fresco corcho puesto para los pies humanos junto a la bañera, y a menudo, en las horas de calor, sin escrúpulos pudorosos de ninguna clase, solía bañarme desnuda en cualquiera profunda gota de agua que brillaba en el suelo. Algunas veces también, reunida con otras pulguitas vecinas de mi edad, aunque no siempre de mi mismo nivel

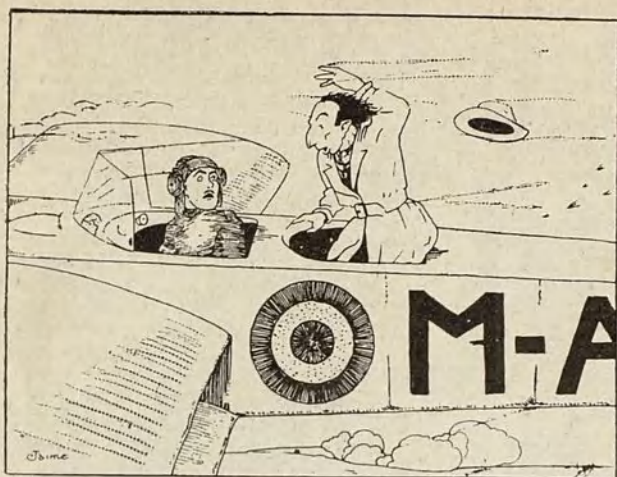
social, porque las había muy mal educadas, me entretenía en saltar a la comba, utilizando como cuerda un largo cabello encontrado al acaso. Por el olor conocía yo ya si el pelo era de la marquesa o de alguna de las criadas mozas. Los de la señora transcendían a perfumes selectos; pero los de las doncellas exhalaban un fuerte hedor al tabaco egipcio que fumaba el marqués.

## III

Considero necesario, al llegar a esta altura de mis Memorias, establecer un hito que sirva como de punto de partida para desentrañar las causas de mi tragedia; quiero decir, sentar algunos antecedentes etnológicos de los que nos prestan característica definida en el mundo de los insectos.

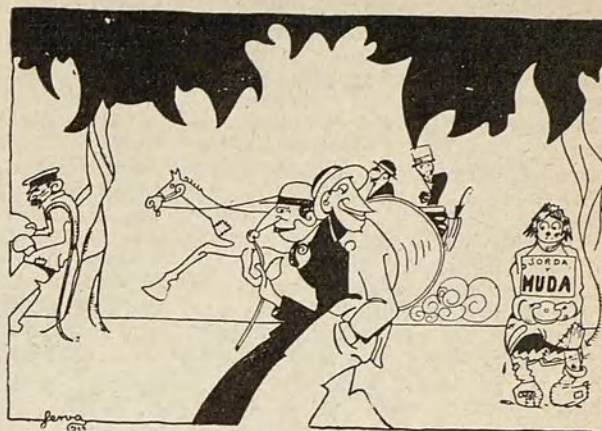
(Se continuará.)





Dib. JAIME. — La Coruña.

— ¡Por favor! Pare un momento. Voy a recoger el sombrero.



Dib. FERVÁ. — Madrid.

— Estoy convencido. Hoy es sábado.  
— ¿Por qué?  
— Porque estoy viendo una muda muy sucia.

## DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

# EL SENADO ES UNA COSA MUY DIVERTIDA

El lector que lleve su arrebatada admiración por mí hasta el punto de leerme alguna vez que otra, habrá podido advertir cómo, en el número correspondiente al 10 de junio, afirmé que el Senado es un organismo caduco y aburridísimo, sin tener en cuenta que un hombre puede hacer cambiar el curso normal de las cosas con un hecho insignificante.

Efectivamente, el Senado *era* una cosa muy poco amena. Leer la reseña de una sesión y sentir un profundo letargo venían siendo una misma cosa.

Recuerdo que la primera y única vez que asistí al Senado, desde una tribuna, tuve que soportar la soporífera interpelación de un anciano marqués sobre los riegos del Llobregat. Yo creo que los riegos del Llobregat son una cosa que no interesa a nadie; pero suponiendo que los propios labriegos catalanes estén apasionados por el asunto, estoy convencido de que no hubieran podido resistir la plúmbea oratoria del anciano marqués, cuyo nombre he olvidado generosamente y cuya alma quizás esté a estas horas aburriendo a la Corte Celestial desde un escaño de nube de las derechas de Dios Padre.

Los demás senadores, ya acostumbrados, dormían profundamente, sin que la voz cascada del orador los turbase.

La época en que el conde de Esteban Collantes se sujetaba los pantalones había pasado ya. Este suceso figuraba

como la única nota cómica que los fastos del Senado podían ostentar. Las sesiones se sucedían con una monotonía aterradora, hasta que una tarde se levantó de su asiento el ilustre filósofo D. Pedro Pidal, marqués de Villaviciosa de Asturias, y en un momento de su discurso sorprendió a los senadores sacando un revólver y apuntando certeramente al banco azul.

Aquello era increíble. Los senadores estaban desconcertados, aunque saben muy bien que el marqués de Villaviciosa de Asturias, a pesar de estar excomulgado públicamente por una de sus últimas obras, tan poco leída como todas las suyas, es una buena e inofensiva persona.

Pero lo inusitado de la situación era la causa de que por los solemnes ámbitos del salón de sesiones corriese algo así como un escalofrío y de que los señores senadores se ocultasen prudentemente unos detrás de otros.

Pero el marqués continuó diciendo: — ¿Ven ustedes? Hubiera disparado si hubiese querido coaccionar. Pero como no quiero coaccionar, pueden estar ustedes tranquilos. Es preciso que para que haya libertad no haya coacción. Porque si yo digo al Gobierno que reforme los artículos 11 y 12 de la Constitución, su señoría dirá que no me hace caso mientras siga con la pistola. Lo cual quiere decir que con la pistola no se consigue nada.

Puede que encuentren ustedes un poco confuso el razonamiento del marqués; pero es que hay que tener en cuenta que se trata de un filósofo metido a político, o quizás de un marqués metido a filósofo, aunque también puede ser de un político metido a filósofo y a marqués, de lo cual se produce una amalgama un poco incongruente.

Pero lo sensacional era *el truco*, y *el truco* obtuvo un éxito resonante. No faltó senador que pidiese que se repitiera.

Aquel día todo el mundo salió sonriente y feliz de haber presenciado un hecho tan extraordinario, que viene a ser como si Garrido Juaristi torease unos novillos en Vista Alegre o algo tan divertido e inusitado como eso.

Y como el éxito ha sido tan enorme, tenemos la certeza de que muchos senadores se disponen a imitarlo con distintos procedimientos.

Un día llegará un senador, y en mitad de su discurso sacará un sable y se lo meterá por la boca hasta el puño. Los senadores aplaudirán entusiasmados y el senador aclarará su experimento:

— Como ven ustedes, señoras y señores, nada hay tan fácil como tragarse una cosa, por muy afilada y muy dura de tragar que sea. Eso demuestra que tenemos tragaderas; pero también que, a pesar de eso, no nos tragaremos tan fácilmente eso de que Berenguer es tan ingenuo como la niña de la Cobeña.



Al día siguiente, un tercer senador interrumpirá su interpelación para decir:

— El Gobierno debe cuidar mucho tales asuntos. Es muy peligroso jugar con fuego, como voy a demostrar...

Y sacará unas teas que encenderá con una cerilla ante el asombro de la concurrencia, para ponerse a hacer juegos malabares.

— Jugar con fuego es muy difícil, y si el Gobierno quiere resolver este grave problema, debe poner en juego toda su inteligencia y su pericia. Hay quien, como yo, juega con fuego y no se quema. ¿No lo han visto hacer? ¿Quiéren que lo haga otra vez, o prefieren que suba descalzo por una escalera de cu-chillos, para demostrar cómo pueden

hacerse duros los hombres en los momentos graves?

Una atronadora ovación le hará dar varias vueltas a la pista y saludar, haciendo algún volatín.

Y después la pléyade de imitadores inventará las cosas más peregrinas. Un día uno llevará un cerdito amaestrado; más tarde otro tocará el xilofón; después alguno hará ejercicios en el trapezio o hipnotizará a un ujier, haciéndole creer que hace frío y que hay fuego en el local. Así, después de una larga serie de diversas habilidades, acabará la jornada parlamentaria con un campeonato de luchas grecorromanas.

José LÓPEZ RUBIO

## LA CARTA

Merceditas salía todas las tardes al balcón a la misma hora. Si se encontraba comiendo con el resto de la familia, Merceditas, fingiendo la necesidad de levantarse, salía al balcón. Si se había alejado de su casa, se desesperaba, y si era por charlar con unas amigas, las acusaba — creyéndolas en el secreto — de intentar estropear su matrimonio. Porque si Merceditas se asomaba al balcón de su pisito bajo era porque a la hora de las cuatro pasaba un muchacho que con señas y gestos la sonreía. ¡Cuánto debía interesarle! ¿Por qué sería tan tímido? Era incomprensible; ella ya se había enterado de su profesión, de su edad, de todo, en fin, lo que la interesaba; sabía que era periodista, que iba a las cuatro a la Redacción de un diario y que además trabajaba comisiones...; y él, entretanto, ni siquiera había logrado saber su nombre ni la había escrito aún. ¡Y que le interesaba lo sabía ella! ¿A qué si no aquel tierno mirar de cordero en capilla?

Y en aquella tarde — aquella tarde que siempre hay en todos los relatos —, Merceditas — ¡cómo no! — se asomó al balcón, y a poco — ¡oh felicidad! — vio llegar a su enamorado galán sonriente y mostrando una cartita.

¡Qué alegría! ¡Le saltaba el corazón dentro del pecho! (Esto creemos haberlo leído ya.) Entró a su cuarto, se miró al espejo, se encontró guapa, acarició al *lulú*, que dormitaba, y hasta le dió tiempo de coger un bombón y una rosa para estar más interesante. Cuando salió por segunda vez al balcón, aun no había llegado el galancete; pero estaba ya muy próximo.

En este momento tan decisivo, ¡pataplám!, mamá que llega a sentarse al balcón. ¡Qué angustia para Merceditas! Ella tenía que alejarla, ¡pues no faltaba más!, después de haber esperado tanto tiempo y cuando se decidía a entregarle una carta... Y con mimos y caricias alejó a mamá. No había pasado un segundo de la salida de mamá, cuando el doncel, llegándose hasta la reja del balcón y acompañando el movimiento con una sonrisa, como pidiéndole perdón, le entregó la carta.

El momento no es para descrito. Al fin, ya tenía en sus manos aquellos renglones que la harían dichosa. Miró a la calle: esperaba él en la esquina; luego al interior de su casa: no veía a nadie; y nerviosa y alegre rasgó el sobre, pasó la vista por la carta, y emocionada leyó:

Señorita:

Use las medias «Saltamonte».  
Son las mejores.  
Montera, 101.

ÁNGEL BÁRCENAS VELASCO



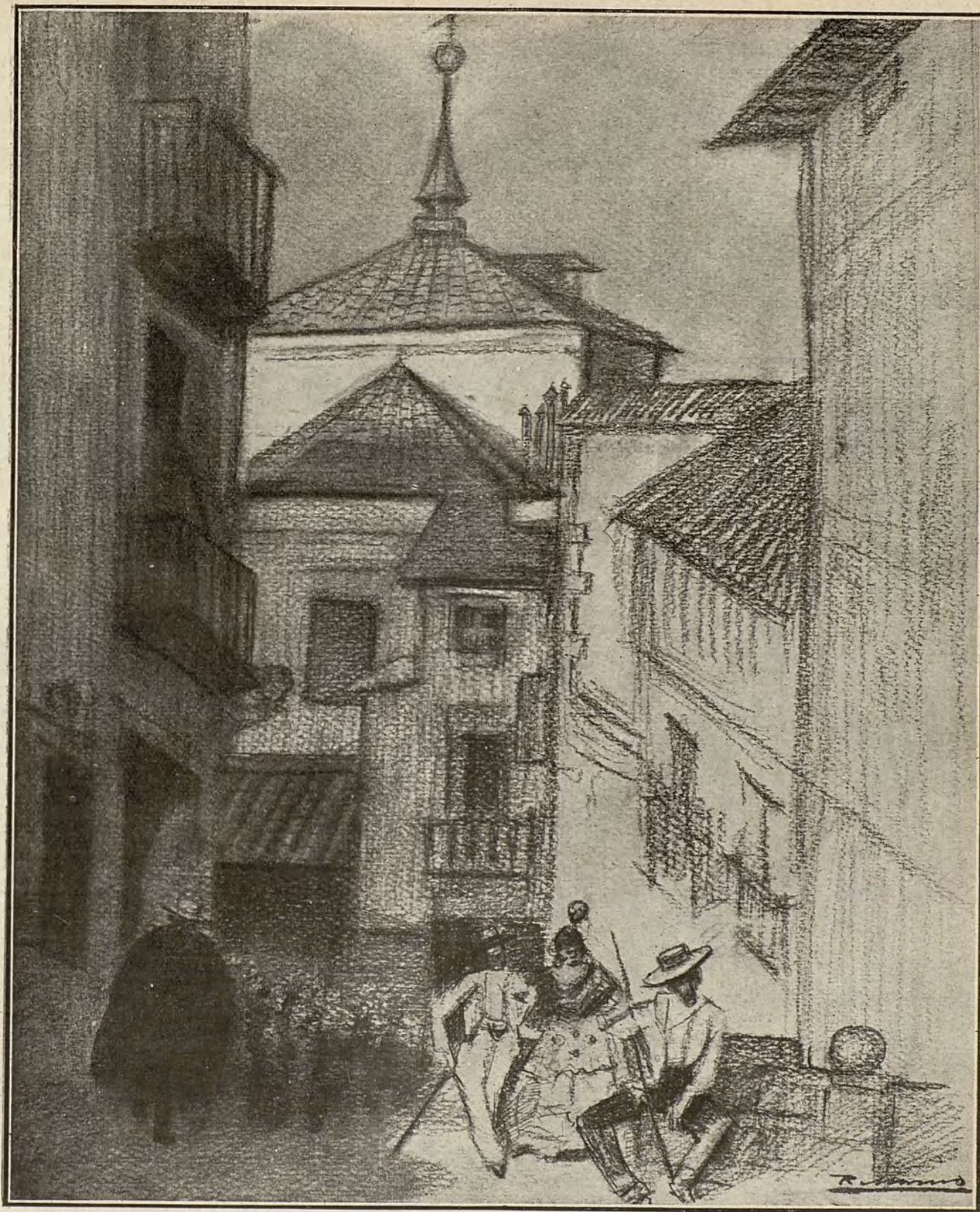
ILUSIÓN

Dib. LÁMBARRI. — Zaragoza.

— Ten cuidado, Ketty; tu marido te observa desde que flirteas con Enrique, y te va a dar un disgusto.

— ¡Bah! No se atreve con él. Tengo muy bien guardadas las espaldas.





Dib. MARÍN. — Madrid.

— Mira er Frasquito. ¡Vaya bronca que acaba de tené con Pepe por una nimiesdál...

— Es que ese Frasquito se destápa en seguida.



# DEL BUEN HUMOR AJENO

## JARJAILLE EN EL CIELO, por Alfonso Daudet

*Esta interesantísima sección, por la que han pasado los más eminentes humoristas de todos los países, ofrece hoy un cuento del admirable Alfonso Daudet, el creador de Tartarín y uno de los más grandes novelistas franceses.*

Jarjaille, un ganapán de Saint-Remy, se dejó morir una bella mañana y cayó en la eternidad. ¡Rueda que rodarás!... La eternidad es vasta, negra como la pez,

profunda y desmesurada. Jarjaille no sabía dónde estaba; erró durante la noche, chascando los dientes. Al fin, a lo lejos percibió una lucecita en lo alto, en todo lo alto. Allá fué. Era la puerta del Cielo.

Jarjaille llamó:

— ¡Pan!... ¡Pan!...

— ¿Quién es! — gritó San Pedro.

— Soy yo.

— ¿Quién eres tú?

— Jarjaille.

— ¿Jarjaille de Saint-Remy?



Dib. CASTRO SORIANO. — Madrid.

EL BATURRO (a sus compañeros). — ¡Pasar, pasar a escapel... ¡Rediez!... ¡Qué cuidao hay que tener con los tranvías!...

— El mismo.

— Pero, galopín — le dijo San Pedro —, no tienes vergüenza al querer entrar en el Paraíso, tú, que desde hace veinte años no has ido ni una sola vez a misa; tú, que comías carne los viernes; tú, que por bromear llamabas al trueno el tambor de los caracoles, porque los caracoles vienen durante la tormenta... Tú, que a las santas palabras de tu padre, que decía: «Jarjaille, Dios te castigará», respondías casi siempre: «¿Dios? ¿Quién lo ha visto? Lo mataron, y está bien muerto.» Tú, en fin, que negabas y blasfemabas hasta hacerle temblar, ¿cómo puedes atreverte a presentarte aquí, desgraciado?

El pobre Jarjaille respondió:

— No lo niego. Soy un pecador, un miserable pecador. ¿Quién iba a decir que después de la muerte iba a ver tanta cosa? En fin, reconozco me he equivocado y que he tirado el vino, cuando podía habérmelo bebido. Pero al menos, gran San Pedro, déjeme ver un poco a mi tío, para contarle todo lo que pasa por Saint-Remy.

— ¿Qué tío?

— Mi tío Matéri, que era penitente blanco.

— ¿Tu tío Matéri? Está en el Purgatorio por cien años.

— ¡Andal... ¡Por cien años! ¿Qué es lo que había hecho?

— ¿Tú te acuerdas de que él llevaba la cruz en las procesiones?... Un día se burlaron de él, y él le dió a uno un puñetazo en plena procesión, sin que después se haya arrepentido de su cólera.

— ¡Pobre Matéri!... Entonces, déjeme ver a mi tía Dorotea, que ésa sí que era devota.

— Debe de estar con el diablo. Yo no la conozco...

— ¡Oh! Si ella está con el diablo, bien veo que yo no puedo pasar... Figúrese que ella, con tantas devociones...

— Jarjaille, no tengo tiempo que perder... Tengo que preparar el recibimiento de un pobre vendedor a quien su burro ha dado una cox y que debe de llegar muy pronto.

— ¡Oh, gran San Pedro!... Ya que ha tenido la amabilidad de atenderme y que mirar no cuesta nada, déjeme ver un poco el Paraíso. ¡Dicen que es tan bello!

— Pero ¿cómo voy a dejar entrar a un hugonote como tú?

— ¡Vamos, gran santo! Acuértese de que mi padre, que era marinero en el Ródano, llevaba vuestro estandarte en las procesiones...

— ¡Bueno! Por tu padre te concedo...; pero ya sabes lo convenido: no asomará más que las narices, justamente lo necesario para ver.

— ¡Bueno!

Entonces, el portero celeste entreabrió la puerta y dijo a Jarjaille: «Vaya..., ¡mira!», mientras que, a un tiempo que giraba la puerta, Jarjaille se metía en el Paraíso.



— ¿Qué es lo que haces? — le dijo San Pedro.

— Es que me ciega ese resplandor — respondió el hombre de Saint-Remy — y necesito ver un poco... Esté usted tranquilo, no iré más allá.

— ¡Vamos, anda!...

— ¡Oh!... — dijo Jarjaille —. ¡Qué bien se está aquí!... ¡Qué hermosura!... ¡Qué músicas!...

Al cabo de un rato, el santo portero le dijo:

— Ya lo has visto... Saldrás en seguida. No puedo estar aquí; tengo que hacer...

— No se moleste — respondió Jarjaille —: si tiene algo que hacer, hágalo. Yo saldré... cuando salga... No tenga cuidado.

— ¡Anda! Eso no es lo convenido...

— ¡Qué hermoso es todo!

— ¡Anda! Te digo que salgas. Si Dios pasara y...

— Arrégleselas como pueda. Yo estoy aquí y de aquí no me saca nadie.

San Pedro, todo asustado, se fué a buscar a San Yves.

— Yves — le dijo —, tú que eres abogado, necesito que me des un consejo.

— Y dos si quieres — respondió San Yves.

— Me encuentro en un apuro: no puedo echar a Jarjaille...

— Si quieres echar a un tal Jarjaille, necesitas tomar un buen abogado y hacer conducir y comparecer a Jarjaille por dos guardias delante de Dios.

Buscaron un abogado; pero nadie ha encontrado nunca abogados en el Cielo. Buscaron un guardia, y todavía menos.

San Pedro no sabía qué hacer.

Pasó San Lucas.

— ¿Qué es lo que te pasa, Pedro? ¿Estás muy pálido? ¿Es que te ha reprendido Nuestro Señor?

— ¡Oh! — dijo San Pedro —. Me ocurre un caso de maldición. Un cierto Jarjaille ha entrado por sorpresa en el Paraíso, y no sé cómo echarlo.

— ¿De dónde es?

— De Saint-Remy.

— ¿De Saint-Remy? — dijo San Lucas —. ¡Oh Dios mío! ¡Es muy sencillo! Para hacerlo salir. Escucha: yo soy, como tu sabes, el amigo de los bueyes y de los toros; con este título recorro la Camargne, Arles, Nîmes, Beaucaire, Tarascón, y conozco bien esa gente y sé cómo hay que tomarla... Estas gentes ya sabes que se dejarían condenar por ver una corrida de toros... Escucha un poco: yo me encargo de echar a Jarjaille.

En este momento pasó un bando de angelitos.

— ¡Pequeños! — les dijo San Lucas —. ¡Eh!... ¡Eh!...

Los angelitos descendieron.

— Andad, y sin armar ruido, por fuera del Paraíso, llegad a la puerta. Entonces pasaréis gritando, como en Saint-Remy en las corridas de toros: ¡Fuego!... ¡Fuego!... ¡Eh!... ¡Cobardes!... ¡Los mansos!... ¡Los mansos, presidente!... ¡Al corral!... ¡Al corral!...

Salieron los angelitos del Paraíso, y cuando estuvieron cerca de la puerta gritaron: «¡Al corral!... ¡Eh!... ¡Los mansos!...»

Al oír esto, Jarjaille se quedó estupefacto.

— ¡Ah!... ¿Conque hay toros abajo?... ¡Vamos!...

Y salió fuera del Paraíso corriendo como un loco.

San Pedro cerró en seguida la puerta, puso la barra y, asomando la cabeza por la mirilla, dijo:

— ¡Eh!... ¿Dónde vas?...

— ¡Oh!... — replicó Jarjaille —. ¡A los toros!...

Y diciendo esto, metió la cabeza en el espacio...

A. R. H.



**¡MUJER!**

BELLEZA, PLACERES,  
ILUSIÓN...

**SELLO YER**

¡SALUD, ALEGRÍA,  
BIENESTAR...

Suprima usted los dolores nerviosos  
y será usted dichosa



## UNA IDEA

Demasiado se ha escrito sobre este tema. En el ocaso del teatro de Muñoz Seca, y con la sorpresa del premio Nobel a D. Jacinto, cuyas obras apenas si se representan, la decadencia del glorioso teatro hispano parece un hecho.

Y no será porque el rendimiento que produzcan las obras buenas sea en estos tiempos inferior a los de Mari Castañá.

Que auxiliados por el clásico velador interroguen al espíritu de Calderón de

la Barca, y verán lo que es bueno. ¡Veinte mil duros *El Alcalde de Zalamea*! ¡Ni veinte mil céntimos siquiera!

Les falta, en cambio, ahora a los autores un estímulo de orden moral. Algo que, sin ser pesetas, conmueva de alegría y colme de beneficios.

A falta de una varita mágica como la que Moisés utilizó en sus excursiones a la caza de la Tierra prometida, ¿no podrían ofrecer empresarios a escritores, en calidad de premio extraordinario, un tubo de pasta dentífrica Sanolán?

## CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

*Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:*

### BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

Hasta la fecha, hemos rechazado los dibujos siguientes:

Cinco de E. I. O. Tres de Campos Marcos, Dolos y Yayo. (Los del último no están mal; pero los chistes son infames.) Dos de García Medina, Corripis, Rubio Armán, San Avi, G. Medina, A. F. y B. Be. (Los del último están mejor los chistes que los dibujos.) Uno de Zerreitug, F. O., Luis Antonio, Bi, Delgado, F. Abad, Vareta, Morán, Vidie-lla, Tolvilla, Monteblando y López Rey.

Hasta la fecha también, hemos admitido los siguientes dibujos:

Uno de cada uno de los señores siguientes: Nitu, B. Be. y López Rey, y tres de Cisneros.

G. H. C. Madrid Moderno. — ¡Hombre, por Dios! ¡«Que un hombre de su linaje...», como dicen en el Tenorio, tenga que recurrir a estas cosas de tan poca gracia y novedad, es un poco lamentable!

J. G. P. — La letra temblorosa y delicada de la firma nos gusta mucho más que el cuento poético, que es malejo y está demasiado traído por los pelos.

A. M. O. S. — Hombre, ¡si eso es más ingenuo que Catalina Bárcena!

C. O. — El final, sobre todo el final...

### •PARA LAS SIMPÁTICAS LECTORAS

«... Ya que por lo menos lloráis sin ocurrirnos una desgracia. ¿Porque las cebollas peláis? Es que os hace mucha gracia.»

H. M. Santiago. — Es usted de una estupidez que troncha.

R. B. Jerez. — Fortísimo.

F. L. M. Barcelona. — Usted y Calainos, el de las coplas, pasarán a la posteridad.

«Una noche que te vi, y que después te miré... no sé qué pasó por mí... ¡Aquella noche... lloré!»

¡Pobrecillo!... ¡Debe de ser el amor

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.

«Quiero cantarte una copla por ser mañana el día de tu santo; quiero en mi copla decirte que te quiero tanto y cuanto.

«En una noche de invierno vi una sombra negra y blanca, eché a correr asustado, y no paré hasta Salamanca.

«Tienes la cara tan negra como una sartén de hierro, y la nariz retorcida como el ravo de un perro.»

Estas dos últimas, según su autor, son *umorísticas*.

Santiago Teruel Gallinaza, soldado de la primera compañía del cuarto regimiento de Zapadores, en Loma Roja de Tafersit (Melilla), quiere madrina de guerra.

E. E. de V. — Admitidos *Una huelga original* y *Lo que ganó García*.

Lix-Tom. — No sirve.

Solsonato. Madrid. — Le advertimos, por si lo

# 25

## CENTAVOS

solamente se deberá pagar en Buenos Aires por

## BUEN HUMOR

Agente exclusivo: Manzanera

estima pertinente, que eso de hacer apartes entre paréntesis, como, por ejemplo, «el de un reloj (despertador) en marcha»... «Ese ya no viene ni por pienso (se conoce que al que esperaban era a un burro)», es de muy poca gracia y de lo que abusan los principiantes.

Poquita Cosa. Málaga. — Sus dibujos siguen siendo malos; pero hemos hecho un descubrimiento: que su literatura es peor. ¡Tanta poesía para luego poner *habierta*, así, con una *hache* como una catedral gótica.

Rav. Madrid. — No sirve para nada.

## BUEN HUMOR

Zenit. Madrid. — ¿Qué quiere usted que le digamos? Los originales pueden ser de la extensión que usted quiera, sin pasar de unas quince cuartillas, si tiene usted la letra muy apretujada. Ya sabe usted que en estos casos, lo que menos importa son las dimensiones, si la cosa vale. Desde luego, todo lo que publicamos lo pagamos, en la medida de nuestros recursos.

Chacha. Madrid. — Y va de consultas. Depende



de muchas cosas, entre ellas, la calidad y el tamaño a que se den y la categoría del autor. Las portadas se envían en negro. ¿Está claro? A otra cosa.

C. Z. y G. Madrid. — Admitido.

Satán. Madrid. — ¿Vamos a publicar una cosa tan idiota de Satán? ¡Un cuernol...

A. J. D. V. Ceuta. — Su *Tragedia* tiene gracia; pero tiene también unas proporciones aterradoras. Tendríamos que dedicar casi todo un número a ella si se publicase, y es probable que esto ocasionara airadas protestas del público. Repetimos que tiene gracia, y que puede usted hacer cosas más reducidas.

L. H. — ¡Parece mentira que los haya tan tontos!

A. G. — M. y C. R. S. — P. Gago. — Kalé Madrid. — Vidiella. Pamplona. — Y. Piko. — Alfre. Bilbao. — No sirven sus monos.

C. H. L. — ¡Espiritualísimo!

Etaoin. — Da la casualidad de que ya se ha publicado en *Color*. Por lo demás, bien.

V. B. San Fernando. — No vale nada. Pruebe usted a ver si se lo admiten en el *The Times*.

M. L. M. y M. — Admitido *Un capricho*. Los otros, ¡ay!, naufragaron...

L. G. Granada. — No sirve.

Nanin. — Nos suena oído de la barba. ¡Tenemos la desgracia de haber oído tanta tontería en este mundol...

F. M. A. Madrid. — O es muy tonto su cuento, o no hay quien lo entienda. Nos inclinamos más a lo primero.

F. L. M. Madrid. — Un poco sosita su *Escena suelta*.

Siol. — Se publicará.

R. B. Hellin. — ¡Igualmente. Pero tengan un poco de paciencia, ¿eh?

Zirit. Valencia. — Esos chistes tienen menos gracia que un sepelio en día lluvioso. Los dibujos producen equisofrenia.

Ramón Bulbena, Agustín García, Juan Soria y Joaquín Temes, sargentos de la primera compañía expedicionaria del Grupo del cuarto de Zapadores, piden sendas madrinas de guerra. Advierten que no tienen compromiso amoroso. ¡No han dicho nada las criaturas!

— ¿Has visto Quinito qué mujer tan guapa se ha llevado, siendo él tan teo?  
— ¡Si es feo, sí! ¡Pero usa Licor del Polo de Orivel!

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

No cabe la menor duda...  
Las imitan; pero en vano.  
¡Pastillas, las de la Viuda de Celestino Solano!



# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

### EXTRANJERO

#### UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

### ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID

APARTADO 12.142



## Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN  
Gran Premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre esta  
marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

**Tintura Winter** Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

**Angelical Cutis** LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

**Pelífero Belleza** Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

**Loción Belleza** Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

**Almendrolina Belleza** CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

**ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS** A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

**Polvos Belleza** Calidad superfin y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América. — Canarias: droguerías de A. Espinoso. — Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)





Dib. DÍAZ-ANTÓN. — Madrid.

— ¡Si será desgraciaito el hijo de mi sentraña que hasta la pierna derecha la tiene torcial  
Ayuntamiento de Madrid